6860

ADMINISTRACIÓN
LÍRICO-DRAMÁTICA

EL MÁRTIR DE AJENA CULPA

DRAMA TRÁGICO

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

JUAN MAILLO

Representado por primera vez,
con extraordinario éxito, en el teatro de Novedades la noche del 27 de Febrero de 1892.

SEGUNDA EDICION

MADRID
CEDACEROS, 4, SEGUNDO IZQUIERDA
1892

19

EL MARTIR DE AJENA CULPA

OBRAS DEL MISMO AUTOR

El primer lauro, cuadro dramático en un acto y en verso.

El vengador de sí mismo, drama trágico en tres actos y en verso.

Lo que puede la ambición, drama en tres actos y en verso.

El mártir de ajena culpa, drama trágico en tres actos y en verso.

EL MÁRTIR
DE AJENA CULPA

DRAMA TRÁGICO

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

JUAN MAILLO

Representado por primera vez, con extraordinario éxito, en el teatro de Novedades la noche del 27 de Febrero de 1892.

MADRID

CEDACEROS, 4, SEGUNDO IZQUIERDA

1892

Personajes.	Actores.
D.ª CLARA	D.ª ANTONIA CONTRERAS.
D.ª ISABEL	— JOSEFA SEGURA.
GASTON (paje). (Papel de la dama joven)	— MATILDE BUENO.
D. FERNANDO (duque de Miranda)	D. FEDERICO CARRASCOSA.
OLIVERIO (protagonista)	— MIGUEL MUÑOZ.
D. LUIS (conde de Pastrana)	— JOSÉ SALGADO.
BERMUDO	— FRANCISCO GÓMEZ.
CRESPO	— JULIÁN BERRUECO.
FERRAN	— JOSÉ CARRERA.
PEDRO	— MANUEL VILA.

La acción en 1521.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-dramática de DON EDUARDO HIDALGO son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

IMPRENTA POPULAR, PLAZA DEL DOS DE MAYO, 4

A mi querida esposa Vicenta.

SU APASIONADO

Juan.

670152

ACTO PRIMERO

Paraje accidentado inmediato al mar junto á Villaviciosa de Asturias. A lo lejos, en el fondo derecha, se destaca la silueta de un castillo sobre basamento de rocas combatidas por las olas. El resto del foro representa la costa que se pierde en término remoto, por accidentaciones progresivas, en una cadena de montañas. En primer término izquierda la fachada de una casa de pobre apariencia, cuya puerta principal defiende de la lluvia y el sol un cobertizo tosco, bajo el cual se ven una mesa y dos bancos de madera. En segundo término, á derecha é izquierda, varias veredas, y en primero, casi enfrente de la casa, una senda ancha que conduce al castillo. Derecha é izquierda las del espectador. Empieza la acción al declinar la tarde.

ESCENA PRIMERA

BERMUDO y FERRAN

(Aparecen por el último término derecha poco después de alzarse el telón.)

BERM. Bajemos, Ferrán amigo,
y mientras llega la hora,
que el tinto de maese Pedro
del cansancio nos reponga.

FERRÁN. ¡Vive Cristo!... que me place.
Traigo ya enjuta la boca,
y un buen trago de lo añejo
melecina es muy sabrosa.

BERM. Bien pensado y mejor dicho.

FERRÁN. Puesto que el espacio sobra,
si no te cansa el relato,
concluye con esa historia,
que, á fuerza de ser extraña,
tiene mucho de curiosa.

BERM. Pues no traigo ya la lengua
para muchas jerigonzas.

FERRÁN. Cuando el gaznate se limpia
se refresca la memoria.

BERM. ¡Llama primero!

FERRÁN. (Golpeando la puerta.) ¡Há de casa!
¡Maese Pedro! ¡Nadie asoma!

BERM. ¡Vuelve á llamar!

FERRÁN. (Golpeando con más fuerza.) ¡Seor bellaco!
¡Que Lucifer en persona
cargue contigo y tu casta
y ¡mala peste! te coja.

BERM. (Adelantándose á llamar con más fuerza.)
¿Dónde estará ese bergante?
Pues, si mi calma se agota,
¡vive Dios! que de los goznes
salte, sin más ceremonias.

PEDRO. ¿Quién va? (Desde dentro.)

FERRÁN. Satanás, tu deudo,
¡cuya paciencia es muy poca!

ESCENA II

DICHOS y PEDRO

PEDRO. Perdónenme vuesarcedes
si ocupación perentoria
me detuvo... ¡Mas! ¿qué miro?...
¡Bermudo!... ¡Santa Madonna!
¿Y vos, Ferrán?... ¿No es engaño?...

FERRAN. Ya lo ves.

PEDRO. Mucho me asombra
vuestra presencia en mi casa,

pues figureme que ahora
en Francia, en Italia ó Flandes
os hallabais...

BERM. ¡Mala bomba!...
Todo lo sabrás á tiempo;
vanas preguntas ahorra.
Saca de lo bueno un jarro,
que traigo una sed rabiosa.
¡Date priesa!...

PEDRO. ¡Pronto vuelvo! (Vase.)

FERRÁN. Eso es lo que más importa.

BERM. (Sentándose en un banco y en tanto que Ferrán lo imita.)
Cansado estoy, ¡vive Cristo!
y el estarlo me abochorna.

FERRÁN. Fué la calor extremada.

BERM. Y la resistencia poca.
Faltan bríos, y los años
al más animoso doblan.
(Sale Pedro con algunas viandas y un jarro.)

PEDRO. Del mejor de mi bodega;
buen tasajo y rica torta.

FERRÁN. ¡Que me place!

PEDRO. Pues á honrarlo.

BERM. Sí ¡por Dios!...

FERRÁN. A la memoria
del relato suspendido,
si acabarlo no te enoja.

BERM. (Con reserva y señalando á Pedro.)
Para asuntos de importancia
nunca la prudencia estorba.

PEDRO. ¡Comprendido! (Vase.)

FERRÁN. (Señalando la boca.) Aunque esta tape,
no temas que te desoiga.

BERM. Tarde vendrá don Fernando.

FERRÁN. Y doña Isabel, su esposa,
saldrá de fijo á su encuentro.

BERM. Fuera ingratitud notoria
pagar con la indiferencia

al que, amándola, la encomia.

FERRÁN. ¿Tal es el amor del duque?...

BERM. Tal, que insensato la adora
con esa pasión tan fuerte
que sólo la muerte borra.
Escucha, para que juzgues
cuando el suceso conozcas. (Pausa.)
De heridas acribillado
en la jornada famosa
de Villalar, defendióse
con tenacidad heroica.
Certero bote de lanza
de su corcel lo desmonta;
tinto hasta el pomo el acero,
rotos casco, daga y cota,
rueda el duque por el campo,
que su hirviente sangre moja,
con el reto en la mirada
y la blasfemia en la boca.
Llegó á tiempo de salvarle
de muerte segura y pronta,
cierto gallardo mancebo
de la comunera tropa,
que, junto á Bravo y Padilla,
ruge, salta, hiere y corta,
sembrando en redor la muerte
su tajante vengadora.
«Que nadie le toque—grita;—
cayó cubierto de gloria,
y solamente un cobarde
con el vencido se encona.»
Hincó el acicate al potro
y, seguido de su escolta,
volvió de nuevo al combate
con más arrojo y más cólera,
como rayo fulminado
por irresistible tromba.
Yo, aunque herido, al de Miranda
conduje á una casa próxima,

bajo un torrente de fuego
y entre el humo de la pólvora.

FERRÁN. ¡Vive Cristo! que te admiro,
porque el suceso te honra.
Y ¿fué la curación larga?...

BERM. Fué por extremo penosa. (Ligera pausa.)
Mientras duró, dominado
por fiebre devoradora,
su frenético delirio
le hizo decir tales cosas,
que, á ser ciertas, yo te juro
que al mejor templado agobian,
y, lo que es más triste, unidas
al nombre de mi señora,
que ni la hubo más honrada,
ni halla rival en la historia
que en hermosura la iguale
ni en nobleza se le imponga.
Siempre su nombre en los labios
entre dudas y congojas;
siempre delirios, fantasmas,
imágenes tenebrosas,
planes de venganza y muerte,
maquinaciones ignotas,
rencores, vértigos, odios,
esperanzas y zozobras;
no sé qué presentimientos
y no sé qué de deshonras;
lucha sombría y funesta
que la voluntad aherroja;
todo trágico y siniestro,
la fatalidad que doma,
algo que empuja al abismo
y que la entereza dobla;
en el cerebro, oleaje,
y en la conciencia, la sombra.

FERRÁN. Tu relato justifica
los suspiros que sofoca
doña Isabel; que las penas

dejan siempre huellas hondas.

BERM. De las lágrimas que vierte
no es esa la causa sola.
Don Fernando, al de Pastrana
dará su hija por esposa,
y como para mí tengo
que doña Clara le odia
y la duquesa la estima
cual si fuera su hija propia,
que será infeliz presiente,
y el tal enlace reprocha.

FERRÁN. Pues es mi señor el conde
alianza ventajosa;
valiente, rico, gallardo,
de nobleza muy notoria,
y en verdad que no comprendo
que la duquesa se oponga.

BERM. Misterios impenetrables
por razones que se ignoran...
¡Otro trago!

FERRÁN. ¡Mala peste!
No dejaste ni una gota.

BERM. ¿Partimos?...

FERRÁN. Cuando te plazca,
que ya el sol tras de esas lomas
hunde su disco de fuego
y la brisa de la costa
suaviza con su frescura
los rigores de la atmósfera
y esparce gratas esencias
entre estas áridas rocas.

BERM. ¿Mas don Fernando?...

FERRÁN. De fijo
se encuentra en Villaviciosa,
y es fuerza que su llegada
en el castillo nos coja.

BERM. No á mí, que tengo la orden
de escoltar á mi señora.
Vamos, pues.

FERRÁN. ¡Há de la casa!
PEDRO. ¡Con tal priesa me abandonan
después de tan larga ausencia!...
BERM. Por esta vez te conforma. (Dándole unas monedas.)
Adiós, pues, y guarda el resto
para ocasión menos próspera.
PEDRO. Gocen de salud mil años
por acción tan meritoria.
FERRÁN. ¡Dios te guarde!
PEDRO. Con él vayan.
FERRÁN. ¿Por esta?
BERM. No; por estotra.
(Vánse lentamente por la segunda derecha.)

ESCENA III

PEDRO solo.

¡Quedéme con mis deseos!
¡No pude entender ni jota!
Ese Bermudo del diablo
tiene tan pesadas bromas,
que á intentar no me he atrevido
pesquisas más minuciosas.
(Pequeña pausa. Mirando al interior de la casa.)
¿Y mi huésped?... ¡Otro enigma
que el meollo me trastorna!
Siempre taciturno y triste,
pronunciando frases roncas
cual su viejo camarada
que, si alguno lo halla á solas,
no espera á que la demande
para entregarle la bolsa. (Nueva pausa.)
Pero lo que más me inquieta

y afirma mis dudas todas
es tan urgente mensaje
y esa carta misteriosa. (Pausa.)
¡Mucho tardan! Esperemos
á que el misterio se rompa,
porque yo abrigo sospechas
de que á su término toca. (Vase.)

ESCENA IV

DOÑA CLARA y GASTON

(Gastón precede á doña Clara y se dirige á alguien que se supone queda dentro. Salen por la primera derecha.)

GASTÓN. Junto á esa roca esperad
con los caballos... (Lleguemos.)
CLARA. Dices bien; descansaremos
un instante.
GASTÓN. Pues bajad,
que don Luis y la duquesa
vienen por otro sendero.
CLARA. Pero no olvides que quiero
dar una grata sorpresa
á mi buen padre y señor.
GASTÓN. ¡Cómo impedir osaría!...
CLARA. Viene ansioso de alegría
después de tanto dolor,
y anhelo ser la primera
que lo estreche entre sus brazos.
GASTÓN. Pagará con mil abrazos
solicitud tan sincera.
CLARA. ¡Me ama tanto y es tan bueno!
GASTÓN. Tanto como vos hermosa.
CLARA. ¡Adulador!...
GASTÓN. ¡Brava cosa!
CLARA. Pon á tu entusiasmo freno,

que elogios no he menester
para apreciar tu cariño.

GASTÓN. Tenéis razón; soy un niño
que sólo aprendió á querer,
que beneficios no olvida
y ama tanto á doña Clara,
que un gesto suyo, bastara
para arrancarse la vida.

CLARA. Harás que al fin me conmueva.
Ya sé que tu afecto es hondo,
y de que yo á él correspondo,
te voy á dar otra prueba.

GASTÓN. Mi ansiedad es ya tan fuerte
que la tardanza lamento.

CLARA. Sabes que mi nacimiento
le dió á mi madre la muerte,
y que ocho meses después,
siendo aún muy joven, mi padre...

GASTÓN. Os dió madrastra.

CLARA. No, madre,
que tal en realidad es
la única que me crió,
procurando mi ventura,
angelical criatura
que mi espíritu formó.

GASTÓN. Pagáis á doña Isabel
su amante solicitud.

CLARA. No hay mérito ni virtud
en ser á su afecto fiel. (Pausa.)
Y, ahora, préstame atención.

GASTÓN. ¡Me sorprende vuestro acento!

CLARA. No sé qué presentimiento
se agita en mi corazón
desde que supe que el conde
pretende hacerme su esposa
y que con su amor me acosa,
sin ver que no corresponde
mi afecto á su simpatía.

GASTÓN. Lo sé.

CLARA. ¿Cómo?
GASTÓN. Torpe fuera
si así no lo comprendiera
viendo la melancolía
grabada en vuestro semblante,
la lucha que sostenéis
y el esfuerzo que os hacéis
si se halla don Luis delante.
CLARA. No te engañaste, Gastón,
y esto es lo que me atormenta.
Sé que mi padre alimenta
proyectos sobre esa unión;
mas sentiré si pretende
celebrar una alianza,
que, si hay amor, se afianza,
pero con violencia ofende.
Por el conde no sentí
más afecto que amistad,
y hoy, con su tenacidad,
sólo tibieza halla en mí.
La causa de este desvío
trato de explicarme en vano.
Le aceptara... como hermano,
nunca para esposo mío.
Siento usar este rigor,
pero no desistiré,
que, aunque yo jamás amé,
presumo lo que es amor.
GASTÓN. Diz que pasión contrariada
con los obstáculos crece.
CLARA. Hay algo que me estremece
trás de su ardiente mirada,
donde confundidos veo
en consorcio desigual,
la pasión inmaterial
y el impudente deseo.
Extraña contradicción
que mi desdén agiganta,
escollo que se levanta

contra toda imposición,
y es inútil pretender
que desista de mi empeño;
ni el conde será mi dueño
ni nadie me hará ceder.

GASTÓN. ¡Callad! (Mirando á la primera derecha.)

CLARA. ¿Qué?

GASTÓN. Viene hacia aquí
con vuestra madre y Bermudo.

CLARA. Que no entiendan...

GASTÓN. Seré mudo,
y nada temáis por mí.

ESCENA V

DICHOS, DOÑA ISABEL, D. LUIS y BERMUDO

LUIS. Ya veis que no me engañé
cuando hacia aquí os conducía.

ISABEL. Gracias, conde.

CLARA. ¡Madre mía!
Perdonad si me alejé
por la ansiedad impulsada.

ISABEL. Legítima es tu impaciencia,
que fué tan larga la ausencia
como su vuelta anhelada.

CLARA. Pues dadme vuestro perdón
si el hacerlo os satisface.

ISABEL. Veremos si te complace. (Besándola.)

LUIS. Magnífica absolución,
y por ser yo el penitente
cualquier sacrificio haría.

ISABEL. Dais vuestra galantería,
que es por extremo indulgente.

CLARA. Yo la tildara de justa,
porque se trata de vos.

ISABEL. Para luchar contra dos

mi debilidad me asusta.

LUIS. (¡No me llegó á comprender
ó es que se burla de mí!...
Pues ¡por Dios! que si es así
pronto lo voy á saber.) (Mirando á doña Clara.)

BERM. Perdóneme mi señora
si es que me atrevo á indicar
que está lejano el lugar
y se aproxima la hora
por don Fernando anunciada.

ISABEL. Pues sin dilación partamos.
¡Clara!... ¡Conde!... ¡Gastón!...

LUIS. (Precediendo á doña Isabel maquinalmente.)
¡Vamos!
(¡Ni un gesto, ni una mirada!)

GASTÓN. Fácil es de comprender
que no va muy satisfecho. (Con malicia á doña Clara.)

CLARA. ¡Mal amigo es el despecho
para llegar á vencer!

(Vánse lentamente por la primera izquierda, detrás de doña Isabel, D. Luis y Bermudo. Aparecen Oliverio y Crespo por la segunda derecha. El primero en actitud de mirar con afán el punto por donde salió doña Clara, y sin que ella lo note. El aspecto de este personaje debe ser taciturno y sombrío. El de Crespo, irritado, ceñudo.)

ESCENA VI

OLIVERIO y CRESPO

OLIVERIO. ¡Déjame!
CRESPO. ¡Señor!...
OLIVERIO. ¡Es ella!
CRESPO. Terco estás, ¡por vida mía!
OLIVERIO. Y tú necio en demasía.
(¡No pudo verme!... ¡Qué bella!)
CRESPO. Días ha que no te entiendo,
y me espanta el comprenderte.
OLIVERIO. Antes buscaba la muerte,
y ahora la vida defiendo.
No me preguntes por qué
y deja que sueñe así;
la adoré porque la vi,
y esto es todo lo que sé.
CRESPO. ¡Mas nunca te vió!...
OLIVERIO. El capuz
que su silueta envolvía
lo trocó mi fantasía
en Océano de luz.
¿Qué importa, si no me vió,
para que yo adore en ella?...
¿Presiente acaso la estrella
el espacio que cruzó?...
CRESPO. Pues yo tu prudencia invoco
y tu calma solicito.
OLIVERIO. Sé que amarla necesito
para no volverme loco,
y es este afán tan ardiente
que, aun no viéndola, la veo.
¡Qué tirano es el deseo
y qué déspota la mente!...
CRESPO. Nunca comprendí ese ardor
ni en saberlo puse empeño.

OLIVERIO. Depón el adusto ceño
y escucha lo que es amor.
Edén, gloria, luz, ambiente,
lo que germina la idea,
el espíritu que crea,
cuanto brilla, late y siente.
Luchar, vivir, padecer,
bendecir, ser, anhelar,
aborrecer, adorar,
conseguir y enloquecer.
Ley, en su esencia, inmutable
que las almas ilumina;
luz eterna que fascina
surgiendo de lo insondable.
Lo grandioso, lo indescrito,
que, á toda maldad ajeno,
aunque se agite en el cieno
vuelve puro al infinito.
¡Ni más te puedo decir,
ni insistas en preguntar;
déjame en ella pensar,
y, mientras pienso, vivir!

CRESPO. No he de hacer tal, ¡vive Dios!
aunque me taches de necio,
que, si tú no haces aprecio
por ir de ese bien en pos
de vida que es necesaria
para vengar vil agravio,
siempre te dirá mi labio:
«tu conducta es temeraria.»
¡Y si es que un fugaz placer
llega el recuerdo á borrar,
mientras des en olvidar
voy á dar en no ceder!

OLIVERIO. ¡Calla, calla, ó por quien soy,
que, por no sufrir tal mengua,
si sigues, tu torpe lengua
por mi mano á arrancar voy!

CRESPO. Recuerda que te he criado...

OLIVERIO. Pues, si no lo recordara,
¿piensas que te tolerara
el insulto pronunciado?...
¿Desde cuándo he menester
tan absurdas reflexiones,
ni necesité lecciones
para cumplir mi deber?...
¿Ni cómo olvidar podría
de mi padre el triste fin
y que una asechanza ruin
me robó á la madre mía?...
¡Siento algo enloquecedor
cuando me asalta esta idea;
la infamia que abofetea
y el vértigo en derredor!
¡Sello indeleble y tenaz
por el mundo sancionado;
el sambenito grabado
del inocente en la faz!
Algo que el labio no nombra
y que es muy pesada cruz...
¡Lucha eterna de la luz
contra el odio de la sombra!
¡Mas yo acepto con afán
un reto que no me arredra;
que, ante el obstáculo, medra
el aliento del Titán!

CRESPO. ¡Bien por Dios!

OLIVERIO. Tuviste duda
y mezquino me juzgaste
pues que tanto blasfemaste.

CRESPO. Perdona mi forma ruda,
y no extrañes que persista
en que marchemos de aquí.

OLIVERIO. Parte tú y déjame á mí.

CRESPO. No pretendas que desista,
que fuera grave imprudencia
confiar así en el destino.

OLIVERIO. Pues huye de mi camino

porque es fatal mi influencia.

CRESPO. Solo aquesto me faltaba.
¡Por Cristo! (Conmovido.)

OLIVERIO. ¡Crespo! (Id.)

CRESPO. ¡Insensato!...
¡Que fueras conmigo ingrato
jamás de ti sospechaba!

OLIVERIO. No me atormentes, buen viejo,
que tu dolor me conmueve
y no olvido cuánto debe
mi amistad á tu consejo.
Respeta mi decisión
aunque no te satisfaga...
¡Cuando la desdicha amaga
se engrandece el corazón!
De vil traidor motejado
y por rebelde proscrito,
hay un muro de granito
que me aparta del pasado.
Tengo la sima á mis pies
sin poder intentar nada,
ni aun ir á ofrecer mi espada
al flamenco ni al francés;
y, pues que mi estado es tal,
poco temo de la suerte;
ó doy presto con la muerte
ó realizo mi ideal.
Conque deja de argüir
y acaba de comprender;
ni abandono á esa mujer,
ni me aconsejes partir.

CRESPO. Mas... si una vil delación
tu existencia descubriera...

OLIVERIO. Sé que abundan por doquiera
la perfidia y la traición,
que he de dudar de mí mismo,
de donde fije mi planta,
que el peligro se agiganta
y que me cerca el abismo.

¡Lucha sobrenatural
que no logrará doblarme,
porque sabré libertarme
mientras conserve un puñal!...
Y ahora mi regreso espera.

CRESPO. ¡Piensa!...

OLIVERIO. ¡Obedece!... (Vase segunda izquierda.)

CRESPO. ¡Más no hablo!
¡Por quien soy, que con el diablo
de cuchilladas me diera!...
(Pedro sale por la primera izquierda.)

ESCENA VII

CRESPO y PEDRO

PEDRO. ¿Sois vos?...

CRESPO. ¿Quién?...

PEDRO. Por vida mía,
que vuestra tardanza al ver,
comenzaba á suponer
que algo extraño acontecía.
Pensé que juntos los dos
volvierais...

CRESPO. (¡Curioso eterno!)

PEDRO. Mas ¿vuestro amo?...

CRESPO. En el infierno,
por no verte, ¡vive Dios!...

PEDRO. La indiscreción perdonad,
pues tengo serias razones.

CRESPO. Suprime las digresiones
y acaba presto.

PEDRO. (Dándole un pliego.) ¡Tomad!

CRESPO. ¡Un pliego!...

PEDRO. Según infiero,
de interés y muy urgente,

á juzgar por lo impaciente
que se hallaba el mensajero.

CRESPO. ¿Nada dijo?...

PEDRO. Renegó
por no encontraros aquí;
dudar un punto le vi,
mas su impaciencia venció,
y, dándome ese papel,
díjome, cuando partía,
que á entrambos os concernía
lo que se halla escrito en él.

CRESPO. Veamos, pues.

PEDRO. (¡Sigue el misterio!)

CRESPO. ¡Mal mi cólera resisto!
¡No me engañé! ¡Vive Cristo! (Leyendo.)
«Partid al punto, Oliverio,
si en algo estimáis la vida.»
¡Oh!... ¡No hay duda!... ¡La traición
nos acecha!... ¡Maldición!...
¡La suerte está decidida!
¡Sígueme!

PEDRO. (¡Y no he de saber!...)

CRESPO. ¡Pronto!...

PEDRO. ¡Esperad un momento!

CRESPO. ¿Qué sucede?...

PEDRO. Ruido siento.

CRESPO. ¡Pues resígnate á no ver!

(Empuja á Pedro, y ambos penetran rápidamente en la casa. Queda la escena sola breves momentos.)

ESCENA VIII

D. FERNANDO y DOÑA ISABEL

FERNAN. (Sale por el último término izquierda, precedido por doña Isabel y en actitud de hablar con don Luis y Bermudo, que penetran con él en escena, alejándose en seguida.)
¡Bermudo!... ¡Conde!... ¡Salid
en busca de la hija mía
y no turbéis mi alegría
con la tardanza! ¡Partid! (Vanse.)

ISABEL. ¡Señor!...

FERNAN. ¡Mi bella Isabel!
¡Encanto de mi existencia!
¡Cuán larga ha sido la ausencia,
y mi ansiedad ¡qué cruel!

ISABEL. Nuestra impaciencia era mucha
por abrazaros, señor.

FERNAN. Del combate en el fragor,
tras la fratricida lucha,
cuando en el lecho yacía
entre la vida y la muerte,
sólo el temor de no verte
torturaba mi agonía.
¡Qué persistente delirio,
qué padecer tan horrible!
¡Ni siquiera es presumible
tan horroroso martirio!
¡Cuánto anheló este momento
mi adoración insensata!
Sin duda el placer no mata,
pues que todavía aliento.

ISABEL. También, señor, padecí
con vuestra ausencia...

FERNAN. ¡Mi bien!

¿Para qué mayor Edén
si esas palabras oí?

ISABEL. Si pensasteis otra cosa
me inferisteis un agravio...

FERNAN. Pues, si escuché de tu labio
esa protesta amorosa,
pagado estoy con usura
de tanto infortunio y dolo.
¡Quiero ser en tu alma solo;
que codicien mi ventura,
que, de mi ideal en pos,
terminen tantos desvelos,
y que tengan de mí celos
hombres, ángeles y Dios!
¡Y si amando así soy loco,
me complace estar demente,
porque aún juzgo insuficiente
la comparación que invoco!

ISABEL. ¡Blasfemáis!...

FERNAN. ¡Te amo no más!
Y si es blasfemia el amor,
que proteste el Criador,
pero su hechura, jamás.

ISABEL. ¡Mas oidme!...

FERNAN. ¡Si lo veo
grabado en tu casta frente,
si esa mirada no miente,
si te digo que lo creo!
Suprime la afirmación,
que si de ti sospechara,
miserable me juzgara
por tan vil suposición.

ISABEL. Y, sin embargo, dudáis;
vuestro acento así lo anuncia,
que en el rostro se denuncia
lo que ocultar intentáis.
Percibo en vuestra ternura
mal disimulados cargos
y hasta reproches amargos

que me producen tristura.
Desechad tanta inquietud
y cesad de padecer,
que os amara por deber,
cuando no por gratitud.

FERNAN. ¡Gratitud, deber, honor,
respeto, agradecimiento!
¡Todo... menos sentimiento;
de todo... menos amor!
Dásme derecho á dudar
puesto que oigo ese lenguaje.

ISABEL. Vuestra duda es ya un ultraje
que me obliga á protestar.
Tranquila por el pasado
y orgullosa del presente,
me atormenta únicamente
veros apesadumbrado.
Imponedme un sacrificio,
exigidme alguna prueba
que á daros yo no me atreva,
porque acabe tal suplicio.

FERNAN. ¡Sigue!... y ¡calla tú, razón,
si me has de dejar vivir!...
¡Deja tú ya de rugir,
insaciable corazón!
¡Si me quiero convencer,
si creerte necesito,
escalar el infinito
y al fango no descender!
¡Perdona mi loco afán
y aqueste delirio eterno!
¡Llevo en el alma el infierno
y en mi cerebro un volcán!

ISABEL. Os atormentáis en vano
con insensatas quimeras.

FERNAN. ¡Si tú comprender pudieras
el vértigo sobrehumano
que, con empuje violento
y á despecho de mí mismo,

rueda y ruge en ese abismo
que se llama pensamiento,
te asombraras de tal suerte
viendo pasión tan extrema,
que, como dicha suprema,
deseárasme la muerte!...

ISABEL. (¡Qué suplicio tan horrible
y qué pasión tan sombría!)

FERNAN. ¡A esta perpetua porfía
todo lo hallo preferible!...

ISABEL. ¡Dueño y señor!...

FERNAN. No es así
como anhelo que me llames.
Ciertas frases son infames
cuando el amor late aquí. (En el pecho.)

ISABEL. (¡Agotado el valor siento!)

FERNAN. (Ya ni siquiera protesta...
¡Si pienso que me detesta!...
¡Ni un gemido, ni un acento!)

ISABEL. ¡Escuchadme antes!...

FERNAN. No más.
Pretendo ser ya sesudo...
Desde este instante no dudo...
¡Ni dudar quiero jamás!...
¡Soy feliz... y sólo ansío
verte á ti también dichosa!...
(Violenta transición. Con infinita desesperación y amargura.)
¡No!... ¡No puedo, que rebosa
la hiel en el pecho mío!...
¡Insensata aberración,
mónstruo de celos rugiente!..
¡Llevo el caos en la mente...
y el odio... en incubación!!...
¡No sé qué fuego fatal
que se agita en mi organismo!...
¿De qué región del abismo
surge este aliento infernal?...

ISABEL. ¡Repito que me ofendéis

con una sospecha indigna!...
¿Desde cuándo me hice digna
de que tanto me ultrajéis?...

FERNAN. Luego ¿me amas?... (Con avidez. Como si lo oyese por la vez primera.)

ISABEL. Presumí
que ya esa pregunta holgaba.

FERNAN. ¡Cuánto de ti blasfemaba,
y qué mal te comprendí!...
¡Por la dicha de creer,
el castigo de anhelar;
por la gloria de alcanzar,
el deseo de obtener!

ISABEL. ¡Alguien llega!

FERNAN. ¿Quién?...

ISABEL. Gastón
por el conde acompañado.
¡Viene en extremo agitado!...
¿Por qué tiemblas, corazón?...

ESCENA IX

DICHOS D. LUIS y GASTON

LUIS. ¡Don Fernando!... (Salen segunda dcha.)

GASTÓN. ¡Señor!...

ISABEL. ¡Dí!...

FERNAN. ¿Dónde se halla la hija mía?...

GASTÓN. Yo de cerca la seguía,
mas de pronto apercibí
que muy veloz se alejaba.

FERNAN. ¡Concluye! ¡Mi sangre arde!...

GASTÓN. ¡Quise seguirla!... Era tarde...
¡su corcel se desbocaba!...

FERNAN. ¡Pronto!...¿Por dónde?...¡Corramos!...

ISABEL. ¡Me siento desfallecer!...

LUIS. ¡No hay momento que perder!

FERNAN. ¡Guiadnos!
LUIS. ¡Por aquí!
TODOS. ¡Vamos!
(Salen todos rápidamente por la segunda izquierda.)

ESCENA X

PEDRO, CRESPO, OLIVERIO y CLARA

(Salen Pedro y Crespo primera izquierda. Oliverio y Clara cuando lo marque el diálogo.)

PEDRO. ¡Que escuché gritos os juro!
CRESPO. ¡Yo afirmo que te equivocas!
PEDRO. ¡Mirad; junto á aquellas rocas
se agita algo, de seguro!
CRESPO. ¿Qué miro? ¡Por Satanás!
OLIVERIO. (Saliendo primera derecha con doña Clara en sus brazos y colocándola sobre un banco tosco de piedra que habrá casi al fondo.)
¡Pronto! ¡Ayudadme! ¡No es nada!
PEDRO. ¡Muerta!
OLIVERIO. ¡Imbécil! ¡Desmayada!
CRESPO. ¡Donoso encuentro!
OLIVERIO. ¡Esto más!
¡Retiraos ya de aquí,
porque á volver en sí empieza!
(Vanse segunda de la derecha.)
¡Tan sobrehumana belleza
hasta este instante no vi!
Nada, señora, temáis.
CLARA. ¡Dios mío!
OLIVERIO. ¡Calmaos!
CLARA. ¡No entiendo!
OLIVERIO. ¡Reposad!
CLARA. Ahora comprendo.

¿Vos de salvarme acabáis?

OLIVERIO. ¡Señora!

CLARA. ¿Cómo mostraros
mi gratitud?...

OLIVERIO. Si mi acción
mereciese galardón,
bastárame con miraros.

CLARA. Sois galante en demasía.

OLIVERIO. Mucho menos que vos bella.

GASTÓN. (Gritando desde dentro.)
Seguidme, señor... ¡Es ella!

CLARA. ¡Padre del alma!

FERNAN. ¡Hija mía!... (Se abrazan con transporte.)

(Doña Clara ha ido al encuentro de D. Fernando, y Oliverio, entretanto, se retira más al fondo, de modo que, hasta el momento oportuno, no se note su presencia por los demás personajes.)

ESCENA XI

DICHOS, D. FERNANDO, DOÑA ISABEL, D. LUIS, GASTON Y CRESPO (cuando lo indique el diálogo.)

TODOS. ¡Salvada!

ISABEL. ¡Gracias, Señor!...

CLARA. De una muerte inevitable,
por el arrojo indomable
de mi audaz libertador.

(Oliverio, que habrá permanecido oculto hasta este momento, avanza hasta colocarse en primer término.)

OLIVERIO. ¡Me estáis, señora, humillando!

FERNAN. ¡Permitidme!... Mas... ¿Qué miro?..

(Con indescriptible asombro y violenta contrariedad.)

ISABEL. (Con más asombro aún y como fascinada por una visión.)
¿Es una sombra... ó deliro?

OLIVERIO. ¿Estoy acaso soñando? (Mirando alternativamente á doña Clara, doña Isabel y especialmente á D. Fernando.)

CRESPO. (Saliendo violentamente con indescriptible sobresalto.) ¡Señor! ¡Pronto! ¡Huyamos!

TODOS. ¡Qué!...

CRESPO. ¡La traición que presumí!...
¡Nos persiguen!...

ISABEL. (Sin poder contenerse.) ¡Salvaos!...

CLARA. (Idem.) ¡Sí!...

LUIS. ¡Ella!... (Con mezcla de asombro, celos y rabia.)

FERNAN. ¡El aquí!...

OLIVERIO. ¡Volveré!
(Mira con infinita pasión á doña Clara y sale precedido de Crespo.)

TELON

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Salón paralelógramo en la planta baja del castillo de D. Fernando. Chimenea á la izquierda, en que arde abundante leña. Puerta grande al foro y dos más pequeñas á la derecha. Junto al ángulo derecho, en el fondo, una puerta falsa hábilmente disimulada por la decoración, y que conduce á un jardín situado á uno de los costados del castillo. Diván á la derecha y taburetes distribuídos por la estancia. A la izquierda, junto á la chimenea, un gran sillón de cuero. Algunos trofeos venatorios, panoplias y armaduras, completan la decoración. Empieza la acción poco antes del crepúsculo vespertino.

ESCENA PRIMERA

DOÑA ISABEL y DOÑA CLARA

(Aparece doña Isabel sentada en el diván, y junto á ella, en un taburete, doña Clara.)

ISABEL. No lograrás convencerme.
CLARA. Tus inquietudes desecha.
ISABEL. Insisto en que algo me ocultas,
porque tengo la certeza
de que un pesar ignorado
dejó en tu rostro sus huellas
y es inútil que te esfuerces
en ocultarme tus penas.
Niégame tus alegrías,

pero nunca tus tristezas.

CLARA. ¡Madre mía!...

ISABEL. ¡Hija del alma!

CLARA. Eres conmigo tan buena,
que desoyendo tus súplicas
te inferiría una ofensa.
Pero tú también padeces,
también en el alma llevas
pesares que desconozco,
y que inútilmente niegas;
que hay sollozos delatores
y lágrimas indiscretas.

ISABEL. El dolor es patrimonio
de todos sobre la tierra,
pero en mí ya constituye
segunda naturaleza.
Ocupémonos tan solo
de ti, que es lo que interesa.
Habla, pues, y nada omitas;
te escucho con impaciencia.

CLARA. Me dispongo á complacerte,
pero antes saber quisiera
qué has pensado... (¡No me atrevo!...)

ISABEL. ¿De tu salvador?...

CLARA. (Con alegría mal disimulada.)
¿Te acuerdas?

ISABEL. No pasaron cinco meses,
aunque siglos te parezcan,
¿y pretendes que me olvide
de tan memorable fecha?...
¿Le amas mucho?...

CLARA. (Sorprendida y ruborizada.)
Y ¿cómo sabes?...

ISABEL. Poco importa que enmudezca
el labio, cuando en el alma
la pasión hizo su presa;
que, si ocultarse pretende,
con más esplendor se ostenta.

CLARA. Pues bien: es cierto, le amo

con insensata vehemencia,
tanto, que sin su cariño
la muerte nada me arredra.

ISABEL. Le viste solo un momento...

CLARA. No á fe... Mas si antes le viera,
hubiérale amado antes;
pues, viéndole, amarle es fuerza.
¡Cuánta hidalguía y bravura,
qué varonil entereza,
qué fulgor en la mirada
y qué gallarda presencia!
¿Que si le quiero preguntas?...
Mezquina encuentro la idea.
Delirio, afán, entusiasmo,
frenesí, fuego, firmeza,
insensatez, desvarío,
idolatría, demencia...
¡todo lo juzgo pequeño!...
Rebusca una frase nueva,
y, la que sueñes más grande,
será muy débil respuesta.

ISABEL. Pero ¿tú volviste á verle?...

CLARA. Exponiendo su existencia
le vi antes de su partida
para la ciudad de Génova,
y eterno amor nos juramos.
Desde entonces llevo impresa
en el cerebro su imagen,
y si lamento su ausencia
es porque no se me ocultan
los peligros que le cercan,
no porque de su amor dude
ni porque su olvido tema.

ISABEL. ¿Sabes, pues, dónde se halla?...

CLARA. Me escribió desde Venecia
un mes hace, mas ignoro
en qué lugar hoy se encuentra.
Sólo aquesto me preocupa
y esto no más me atormenta.

Ya mis secretos conoces,
y advierte que fuí sincera;
si juzgas que hubo delito,
sólo falta la sentencia.

ISABEL. ¡Pobre niña!... ¿No comprendes
que esa pasión te es funesta
y es forzoso que le olvides?...

CLARA. Oirlo no más me avergüenza.

ISABEL. Medita que su linaje
con el tuyo no concuerda...

CLARA. Por linaje, sus acciones,
y por blasón, su grandeza.

ISABEL. Mi opinión en este caso
de la tuya no discrepa;
mas hizo contra el rey armas...

CLARA. Combatió por sus ideas,
y de «libertad» al grito
no se avino con la inercia.
Más aún; él á tu esposo
salvó de una muerte cierta,
perteneciendo á otro bando.

ISABEL. Azares son de la guerra.

CLARA. Rasgos de valor heroico
que agiganta la modestia
y que son poco frecuentes
tras de una lucha sangrienta.
¿No viste cómo mi padre
encomiaba su fiereza,
y cuánto se condolía
porque tiempo no le diera
de ocultarle en su morada,
pagándole así la deuda
que con él hubo adquirido
en ocasión tan suprema?...

ISABEL. Sí, hija mía; nada ignoro
de aquella terrible escena:
su fuga desesperada,
la indescriptible sorpresa
que se apoderó del duque,

y la mirada siniestra
que nos dirigía el conde
al notar la complacencia
conque le vimos salvarse.

CLARA. Según eso, ¿tú recelas?...

ISABEL. La causa no me preguntes
y mis consejos acepta.
Presumo que la emboscada
fué por el conde dispuesta,
como pienso que tu padre,
sin que acierte á darse cuenta,
y aunque le debe dos vidas,
con el alma le detesta;
pues no siempre beneficios
voluntades acarrean,
y suele el que bien se porta
merecer el anatema;
que es el corazón humano
conjunto de controversias

CLARA. Que mi amor no te complace
con tu oposición demuestras.
De fijo no amaste nunca,
puesto que así me aconsejas.

ISABEL. ¡Oh! ¿Qué has dicho?... ¡Desgraciada!
¡Si tú penetrar pudieras!...
(Pero... ¿qué iba yo á decirle?...
¡Cállate, imprudente lengua,
no me obligues á arrancarte
para evitar más torpezas!
¡Muerde en el alma, amargura,
y huye del rostro, vergüenza!)

CLARA. ¡Oh! ¡por Dios! madre querida,
perdona mi ligereza;
pero... ¡es tanta mi amargura
y mi pasión tan intensa,
que no es mucho que me exalte
y que el dolor me enloquezca!
¿Me perdonas?

ISABEL. Y te amo.

CLARA. ¡Con un beso el pacto sella!
ISABEL. (¡Dios mío!... ¡que no sospeche
los pesares que me aquejan!...)
CLARA. (¿Por qué sufre y por qué calla
y por qué tal resistencia?...)
Descubrirá mi cariño
lo que oculta tu reserva.
Pero... ¿Lloras?... ¡Oh! ¡Egoísta!
¡Enojarme ahora debiera!
ISABEL. ¡Si no lloro! ¡Soy dichosa!
CLARA. ¡Pero tus lágrimas queman!
¡Felicidad bien extraña
y alegría que me hiela! (Gastón por el foro.)

ESCENA II

DICHAS y GASTON

GASTÓN. ¡Doña Clara! ¡Dadme albricias!
ISABEL. ¿Qué dijiste?...
GASTÓN. (Aturdido y perplejo.) (¡La duquesa!
¡Retroceder no es posible!
¡Qué imprevista coincidencia!)
ISABEL. ¡Explícate!
GASTÓN. Voy á hacerlo.
(¡Reniego de mi torpeza!)
ISABEL. ¿Acabarás?
GASTÓN. ¡Si no es nada!
CLARA. Puedes hablar sin reserva,
y no omitas ningún dato
de aquello que me concierna.
GASTÓN. Entonces ya no vacilo,
puesto que me dais la venia.
CLARA. ¡Sé breve!
GASTÓN. Juzgad vos misma.
¡Lo he visto!

CLARA. ¿A quién?
GASTÓN. ¡Buena es esa!
¿De quién queréis que me ocupe
sino de él?... (Con acento picaresco.)
CLARA. ¡Dios santo!... ¡Abrevia!...
(¡Y yo le recriminaba!)
Pero dime lo que resta.
¡Habla pronto!... ¿Cuándo? ¿Dónde?
¡No me ocultes ni una letra!
¿No ves que me estoy muriendo
y se agotó mi paciencia?...
GASTÓN. Si no ambiciono otra cosa
que explicarme...
CLARA. (Con gran ansiedad.) ¡Pues comienza!
¿En qué paraje?... ¡Prosigue!...
GASTÓN. Junto á la próxima aldea
y en un punto de la costa
que casi nadie frecuenta.
Sin duda reconocióme,
pues que, con gran diligencia,
dirigióse hacia mí al punto
con ansia mal encubierta.
Mediaron pocas razones;
díjome que con urgencia
le era forzoso el hablaros;
díjele que me siguiera,
pensando que vuestro padre
de su excursión no regresa
tan presto, pues que lo impide
su ya crónica dolencia;
y, además... porque presumo
que adiviné el ansia vuestra.
Réstame solo deciros
que me siguió con presteza,
y, esperando veros pronto,
junto á ese jardín espera.
Si anduve torpe, señora,
no es tan difícil la enmienda.
Esto es todo; no más falta

que mandéis y yo obedezca.

ISABEL. Procediste con acierto
y fué justa la advertencia.
Puedes hasta aquí guiarle
sin vacilación. ¡Despeja!

GASTÓN. Voy al punto.

ISABEL. Y entretanto...

GASTÓN. ¡Descuidad! ¡Estaré alerta!... (Vase.)

CLARA. ¡Oh!... ¡Gracias!... ¡Cuánto te quiero!

ISABEL. ¿Estás ahora satisfecha?...

CLARA. ¿Qué estás diciendo? ¿Te burlas?...

ISABEL. Pregunto.

CLARA. (Abrazándola con alegría.) ¡Bendita seas!
¡Pero!... ¡Este traje!... ¡Y sin joyas!...
No precaví esta sorpresa
y descuidé mi tocado...

ISABEL. No te arredre su exigencia.

CLARA. Siento no ser tan hermosa
cual su fantasía sueña.

ISABEL. Perjudica el artificio
donde sobra la belleza.

ESCENA III

DICHAS y OLIVERIO

OLIVERIO. ¡Mi bien!... (Yendo hacia doña Clara y reponiéndose al ver á doña Isabel.)

CLARA. ¡Mi amor! (Idem.)

OLIVERIO. ¡Perdonad!

CLARA. ¡Mi madre!

ISABEL. (Mirando á Oliverio.) (¡No sé qué siento!)

OLIVERIO. Comprended mi aturdimiento.
No bastó la voluntad
á contener mi impaciencia
y aguardo vuestro rigor.

ISABEL. Cuando el delito es amor

predispone á la clemencia.

OLIVERIO. ¿Luego sabéis?...

CLARA. Nada ignora;
ningún detalle omití.
Juzgara indigna de mí
otra conducta...

OLIVERIO. ¡Señora!
Fuera inútil sostener
que sólo anhelo agradaros.

ISABEL. También ansiaba probaros
que he aprendido á agradecer.

OLIVERIO. Y lo pretendéis probar
con extrema prontitud.
¡Habladme de gratitud
si me queréis humillar!

CLARA. Quien tanta grandeza olvida
en mezquino se convierte.

OLIVERIO. Si te salvé de la muerte,
tú me volviste la vida.
Libertar solo anhelé
mi alma, que zozobraba,
y como en ti se hospedaba,
con ansia la rescaté.
Ya ves que no arguyo mal,
ni hubo mérito en mi acción:
lo que antes vaga ilusión,
fué sólido pedestal.

ISABEL. Discreción que no revoca
tan justo encarecimiento.

OLIVERIO. Usura del sentimiento
cuando el ideal se toca.

CLARA. Desoyendo mis razones,
nuevos azares corriste.
Sin duda no presumiste
cuánto al peligro te expones.

OLIVERIO. Ni peligros presentí
ni de azares me ocupé;
solo es cierto que llegué
y que una vez más te ví. (Trans. brusca.)

Mas juzgo que torpe anduve,
pues no adiviné tu duelo...
¡No quiero ver en tu cielo
ni la sombra de una nube!
¿Quizá otra nueva traición?...
¿de algún rival la perfidia?...
¿mordeduras de la envidia?...
¿ó mi oscura condición?

ISABEL. Tales sospechas afligen.

CLARA. Quien bien ama no razona.

OLIVERIO. La injusticia no perdona
lo ignorado del origen.

CLARA. Consigues atormentarme
sin que logre adivinar...

OLIVERIO. Es que me aterra el pensar
que pudieras despreciarme;
y, temiendo á mi fortuna,
no tuve hasta hoy el valor
de decir que el deshonor
me sigue desde la cuna.
¡Cuál se resiste mi labio
para dar paso á esta idea!...
¡Me abruma ya la pelea,
y aún no llegué al desagravio!

ISABEL. ¿Qué habéis dicho? (Sin poder dominarse.)

OLIVERIO. La verdad,
por mucho que ella os asombre.
¡Que es sinónimo mi nombre
de baldón y liviandad!

CLARA. ¿Acaso tu nacimiento?

OLIVERIO. De mi padre me privó.

ISABEL. ¿Vuestra madre?... (Con ansiedad infinita.)

OLIVERIO. ¡Ni aun me vió
después de su alumbramiento!

ISABEL. Proseguid sin retener
ningún dato de esa historia...
que... por su infausta memoria,
me ha llegado á conmover.

OLIVERIO. El hecho es ya tan frecuente

que á nadie parece extraño.
Un mártir, un vil engaño
y una víctima inocente;
ayes de dolor, un lecho
y una mujer que da á luz;
dos disparos de arcabuz,
y un hombre, herido y maltrecho,
que llega sobrado tarde
para defender su honra...
Por suplicio, la deshonra,
todo villano y cobarde.
De brutal encono en pos,
y por asalto tomado,
el pobre hogar profanado,
y por juez supremo Dios.
Testigos, la soledad;
una imprecación y un grito,
el rayo en el infinito,
cómplice la tempestad.
Sollozos que se reprimen,
el abandono de un sér,
el rapto de una mujer
y la impunidad de un crimen.
El sitio, junto á León;
un duelo, casi emboscada,
un gemido, una estocada
y luego una maldición.
¡Mas tarde la caridad
que ampara á una criatura,
y, por fin, todo negrura,
misterio y fatalidad!...

ISABEL. ¡Proseguid! (Con indescriptible angustia.)

OLIVERIO. ¡Nada olvidé!...
¡De aquel trágico momento
quedan sólo un juramento
y una represalia en pie!...
Recuerdo que soy deudor
á mi padre de esta vida;
que está en mi frente esculpida

la marca del deshonor,
y hubo una asechanza odiosa
y un grito que siempre zumba,
que se estremece una tumba
y hay que llenar una fosa.

CLARA. ¡De oir tanta infamia me pasmo!

OLIVERIO. ¡Pues hay algo más inmundo!...
Para la víctima, el mundo
solo tiene odio y sarcasmo...
Y ahora, que sabes quién soy,
puedes dictar mi sentencia.
Tranquila está mi conciencia.

CLARA. ¡De amarte orgullosa estoy!
Si de otro modo pensara,
de ti indigna me juzgase,
y, si ya no te admirase,
tu infortunio me obligara.

ISABEL. Y ¿quién detalles os dió
de aquel suceso fatal?...

OLIVERIO. Crespo; el amigo leal
que mi orfandad amparó,
quien, cruzando aquel paraje,
le sorprendió la tormenta
y vió la lucha sangrienta
tras del tupido ramaje.

ISABEL. ¡No!... ¡Jamás!... ¡No puede ser!...

CL.ª Y OLI. ¿Qué? (Con asombro al ver la agitación de doña Isabel.)

ISABEL. ¡Nada!... ¡No!... ¡Desvarío!...
(le iba á llamar ¡hijo mío!...
y es forzoso enmudecer!...) (Crespo por el fondo.)

ESCENA IV

DICHOS y CRESPO

CRESPO. ¡Señor!
OLIVERIO. ¡Qué miro! ¿Tú aquí?...
CRESPO. ¡Que te interrumpa perdona!...
CLARA. ¡Su fidelidad le abona! (A Oliverio.)
ISABEL. ¡Hablad!...
OLIVERIO. ¿Qué sucede?...
CLARA. ¡Sí!
CRESPO. ¡Por mi nombre, nada bueno!...
OLIVERIO. ¡Prosigue, mi fiel amigo!...
CRESPO. Como por doquier te sigo,
me fijo en propio y ajeno.
Junto al muro vigilaba,
tu nombre hasta mí llegó,
y el vil que lo pronunció
de traidor te motejaba.
Contúveme no sé cómo,
sentí en la faz el ultraje,
asió mi daga el coraje...
y la iba á hundir hasta el pomo.
—«Desde hoy, nada temerá»—
prosiguió el que antes hablara,
—porque en breve doña Clara
con el conde se unirá.»
OLIVERIO. ¡Basta!... (Pálido y convulso.)
CRESPO. No más escuché;
fuese la voz estinguiendo
y, otra traición presintiendo,
tus órdenes quebranté.
OLIVERIO. Puesto que oirlo pudiste. (á doña Clara horriblemente demudado y como poseído del vértigo),

di que fué calumnia odiosa.

CLARA. Solo seré de ti esposa,
y al dudarlo me ofendiste.
Ni hice de su amor aprecio
ni su intención se me esconde,
que de los planes del conde
me defiende mi desprecio.

ISABEL. Y, ahora, implorad su perdón.

OLIVERIO. ¡Mi bien!

CLARA. La calma recobra.

OLIVERIO. Ya la entereza me sobra
para la lucha.

TODOS. ¡Gastón!...

ESCENA V

DICHOS y GASTÓN

ISABEL. ¿Llega?... (Con ansiedad.)

GASTÓN. (Sin duda.)

ISABEL. (á Oliverio con sobresalto.) ¡Partid!

OLIVERIO. ¿Quién?...

ISABEL. ¡El duque!... ¡Retiraos!

OLIVERIO. ¡Que me place!

ISABEL. ¡No!... ¡Marchaos!

CRESPO. ¿Qué te detiene?... (Tratando de que le siga.)

GASTÓN. ¡Venid!...

OLIVERIO. No adivino...

ISABEL. (Rápidamente á Oliverio.) (Seguiréis
en más avanzada hora
al que os conduzca)...

OLIVERIO. (Asombrado y perplejo.) ¡Señora!...

CLARA. (¿Qué están hablando?)

ISABEL. (¿Vendréis?)...

OLIVERIO. (¡Si por Dios!) ¡Clara!...

CLARA. (Con cierta frialdad y altivez.) ¡Oliverio! (Vase Oliverio precedido de Crespo por el foro. Queda doña Clara contrariada.)

ISABEL. (¡Más tarde!... ¡Sufre y espera!) (Al corazón.)

CLARA. ¿Le amará?... ¡No! ¡Si así fuera!... ¡qué verdugo es el misterio! (Vase segunda derecha.)

ESCENA VI

D. FERNANDO, D. LUIS y BERMUDO

(D. Fernando anda con dificultad. En su rostro nótanse huellas de dolor.)

FERNAN. Presumí que no llegaba.
LUIS. Fué el ejercicio extremado,
y agotadas ya las fuerzas,
se resisten á aceptarlo.
FERNAN. Vuestros pronósticos, conde,
los contemplo muy lejanos.
BERM. Si permitís que os ayude...
FERNAN. Inútil es tu cuidado;
no he menester Cirineo,
aunque es grande mi cansancio.
Aviva el fuego y despeja. (Sentándose en el sillón.)
¡Siento un malestar extraño!...
LUIS. ¿Sufrís?...
FERNAN. ¡Mucho!
BERM. ¡Por mi nombre!...
¡Vos, tan apuesto y tan bravo,
á merced de las heridas
de reumas y de emplastos!...
¡Hay para desesperarse
y emprenderla con el diablo!...

FERNAN. Causas existen, buen viejo,
que abruman más que los años.
BERM. No me avengo á esas razones.
FERNAN. ¡Basta!... ¡Vete!...
BERM. (Saliendo por el foro refunfuñando.)
¡Ya me marcho!...

ESCENA VII

D. FERNANDO y D. LUIS

LUIS. Parece que estáis sombrío.
FERNAN. ¿Qué os extraña?... Sufro tanto,
que hasta en el cariño ajeno
presumo encontrar agravio.
LUIS. Para crónicas dolencias
existen remedios varios.
FERNAN. La ciencia se halla en su aurora,
no abundan ya los milagros
y es pretensión infundada
penetrar en lo ignorado.
¿Quién fija lo verdadero,
ni pone valla á lo falso,
ni que es hablar de inmutable
donde rige lo inexacto?...
¿Presiéntese, por ventura,
de dónde surgen los átomos
y qué límite separa
lo inmaterial de lo humano?...
¡Materia y alma!... El problema
eternamente planteado,
conjunción inexplicable,
monomanía del sabio,
siempre convencionalismos,
lugares inexplorados,
absurdas separaciones,
poco nuevo y mucho rancio,

tenaces error y duda,
por todas partes el caos,
y el que interroga el misterio
se estrella contra el arcano,
la idea siempre sin rumbo
y en el suelo todo fango.

LUIS. Sentencioso estáis y austero
y vuestro tono es amargo.

FERNAN. ¡Preguntáis á mis dolores
y responde el desencanto!
Llevo la hidra en el pecho
y me hirió de muerte el dardo.
Llámale lesión la ciencia,
llámole yo desengaño.

LUIS. Duélenme vuestros pesares
y quisiera remediarlos.

FERNAN. Gracias, conde. Empeño inútil,
que es irrevocable el fallo,
y no por físicos males,
que es el origen más alto.
¡Si pudierais entenderme!...
Mas de inteligencia os hablo,
cuando á mí mismo me arguyo
y á comprenderme no alcanzo.
Sois todavía muy mozo
y no sabéis de estos daños.
Imaginad las torturas
que sufren los condenados;
reunid en el cerebro
lo que halléis más insensato,
lo grandioso y lo mezquino,
lo innoble con lo elevado,
lo bello con lo deforme,
lo persistente y lo vario,
y entenderéis mis dolencias
y os explicaréis el rayo.

LUIS. Si dais en quimeras tales
se agravará vuestro estado.
Recobrad vuestra entereza

y dejad delirios vanos.

FERNAN. Decís bien: ¡soy egoísta!...
Mas... ya que á solas estamos,
lo que ha poco me anunciabais
explicadme...

LUIS. De buen grado
en otra ocasión lo hiciera.

FERNAN. ¿Y qué os detiene?...

LUIS. Reparo
que para atender mis ruegos,
no es el mejor vuestro ánimo.

FERNAN. Cualquiera que sea el motivo,
dispuesto estoy á probaros
la estimación que os profeso.

LUIS. Pues bien; sabéis que idolatro
á doña Clara, y aspiro
al honor de ser su esclavo.

FERNAN. Con vuestra alianza, conde,
téngome por muy honrado,
y si mi hija os amase,
yo á su voluntad me allano.

LUIS. Lo presumo...

FERNAN. ¡Ella se acerca!

LUIS. ¿Debo alejarme?...

FERNAN. ¡Quedaos! (Sale Clara segunda derecha.)

ESCENA VIII

DICHOS y DOÑA CLARA

CLARA. ¡El conde aquí!

LUIS. ¡Doña Clara!

CLARA. ¡Padre! ¡Don Luis! (Ceremoniosamente.)

FERNAN. En mis brazos.

CLARA. Por vuestra tardanza inquieta
me disponía á buscaros.

¿Cómo os sentís, padre mío?...

FERNAN. En extremo fatigado.

CLARA. ¡Me estremecéis!...

FERNAN. ¡Tranquilízate!...

CLARA. ¿Pudisteis, señor, pensarlo?...
¿Mandaisme que esté tranquila
sufriendo así?... ¡Sois ingrato!...
y hablándome de esa suerte,
que ya no me amáis presagio,
y esto aumenta mi tristeza
y hará que brote mi llanto.

FERNAN. Tus palabras, ¡ángel mío!
como melodioso cántico
en mi corazón resuenan,
y son el único bálsamo
que mitiga los rigores
de este infierno en que batallo.
Mas de ese cariño en nombre,
y ya que á tiempo has llegado,
contéstame sin rebozo;
y vos, don Luis, acercaos.

CLARA. Ya os escucho... (¿Por qué tiemblo?
¡Dadme entereza, Dios santo!)

FERNAN. ¿Amas al conde? (Con lentitud investigadora.)

CLARA. Le estimo...
como se estima á un hermano.

FERNAN. Pretende hacerte su esposa.

LUIS. Y obtener el cielo en cambio,
pues cielo será sin duda
la fortuna de alcanzaros.
Si faltan merecimientos
sobran amor y entusiasmo.

CLARA. De tal modo aprecio, conde,
vuestros méritos y rango,
que indigna yo de obtenerlos...
no me decido á aceptarlos.

FERNAN. ¿Qué has dicho?...

LUIS. (¡Me ahoga el coraje

CLARA. Me habéis, señor, consultado,
y á contestar me limito.
FERNAN. De violentarte no trato,
mas advierte...
LUIS. Empeño inútil.
Voy la causa adivinando
de su negativa...
FERNAN. ¡Conde!
CLARA. ¿Pensáis?...
LUIS. Que no es á ella extraño
cierto audaz aventurero...
CLARA. Que con arrojo extremado
me salvó... Tenéis memoria,
y á mi padre confesarlo
vuestra delación me evita.
LUIS. (Pienso que se está mofando.)
FERNAN. No entendí bien...
CLARA. (¡Cuánta mengua!)
FERNAN. ¿Si fuera cierto?...
CLARA. (Irguiéndose con altivez y energía.)
¡Es exacto!...
Y ¿qué hacer menos que amarle
de tanta hidalguía en pago?...
FERNAN. Más que humildes, tus palabras
parécenme desacato.
CLARA. Dénme la muerte los cielos,
antes, señor, que faltaros;
mas, sin él, mi vida sobra...
¡Vos... en la hazaña gozaos!... (Con profundo desprecio.)
LUIS. (¡Mal contengo mi despecho!)
FERNAN. ¿Por ventura has olvidado
que una sentencia infamante
le persigue?...
CLARA. De olvidarlo,
despreciable me juzgara;
pero, por lo mismo, le amo,
y los más fieros rigores
no romperán estos lazos

que fundidos por Dios mismo,
nada podrá separarlos;
lo que en la tierra no cabe
se reune en el espacio;
que, contra moldes mezquinos,
hay horizontes más amplios.
Y, ahora, dadme vuestra venia,
mientras el castigo aguardo.

FERNAN. ¡Basta!

CLARA. ¡Mirad!...

FERNAN. (Señalando la salida imperiosamente.)
¡Ni una frase!...

CLARA. ¡Padre y señor!

LUIS. (¡Humillado!...)

CLARA. (¡Caballero le supuse
y hoy despreciable le hallo!...) (Vase segunda derecha.)

LUIS. (¡Puesto que lo quiere, sea!...
¡Venganza contra sarcasmo!...)

ESCENA IX

D. FERNANDO, D. LUIS y FERRAN (cuando el diálogo lo marque.)

LUIS. (¡Disimular es forzoso!)

FERNAN. Duéleme vuestro quebranto,
y por mi honor os afirmo
que he de hacer por repararlo.

LUIS. Que más en ello no hablemos
os suplico..

FERNAN. Sin embargo...

LUIS. (¿Dónde encontrar represalia
que corresponda al agravio?...)
Vuestro duelo os enloquece
¿y aún pretendéis agrandarlo?...
Jamás yo me perdonase

si lo hubiera fomentado...

FERNAN. Es que, huyendo de mí mismo,
sobre mí propio recaigo,
que es déspota la conciencia
y el pensamiento tirano.
Es que el abismo me atrae,
que en mi amargura me sacio,
y si al dolor impasible
sigue resistiendo el cráneo,
fiero y sañudo el destino,
y yo aún en dichas soñando,
pues no me quito esta vida
¡juzgad si seré menguado!

LUIS Juzgo que á vuestros pesares.
no son los celos extraños. (Con gran intención.)

FERNAN. ¿Suponéis vos?... (Inmutándose súbitamente.)

LUIS. (Saturando las frases de ironía.)
Diera en ello,
aun siendo mozo, el más sandio.
Y... quizás razón no os falta...

FERNAN. (Incorporándose horriblemente demudado.)
¿Qué dijisteis?... ¡Desdichado!...
¡Hablad!..¡Pronto!..¿Qué os detiene?..

LUIS. ¡Nada afirmé!...

FERNAN. ¿A qué negarlo?...
Vuestra duda es ya deshonra,
y el haberlo yo oído, escarnio.
¡Hablad pues, que os aseguro
que aún tiene nervios mi brazo,
ruge el coraje en mi pecho,
bulle en mi cerebro el rayo,
me invaden olas de sangre
y de mí mismo me espanto!

LUIS. ¿Me amenazáis?

FERNAN. ¡Y presumo
que os voy á llamar villano!...

LUIS. ¡Duque!...

FERNAN. ¡Conde!...
LUIS. ¡Esas palabras!...
FERNAN. Si las pronunció mi labio
es porque el alma las siente.
LUIS. ¡Ved que me estáis ultrajando!
FERNAN. Luego hablaremos de ultrajes,
pero seguid entretanto,
que si calláis, la impostura
con la vil lengua os arranco.
LUIS. Mientras lleve hierro al cinto
ved cómo vais á lograrlo,
que ni me arredra el insulto
ni de amenazas me pasmo.
FERNAN. Veros así codiciaba.
¡Hablaréis al fin!.. (Ciego de cólora.)
LUIS. ¡No hablo!...
FERNAN. (Va á arrojarse sobre el conde cuando aparece Ferrán. Transición brusca.)
¡Miserable!... ¡Eh!... ¿Quién se atreve?
LUIS. ¡Por un instante, calmaos!...
FERRÁN. ¡Don Luis! (Saliendo por el foro.)
LUIS. ¡Sé breve!... ¿Qué ocurre?...
FERRÁN. Que no os habéis engañado.
FERNAN. ¡No comprendo!...
LUIS. ¡Continúa!
FERRÁN. Cumplido vuestro mandato
y el misterio descubierto,
vuestras órdenes aguardo.
LUIS. ¿Y estás cierto?...
FERRÁN. Tan seguro,
que ha poco de verlo acabo.
LUIS. ¡Basta! ¡Parte y no te alejes! (Vase Ferrán.)
FERNAN. ¿Me explicaréis?...
LUIS. ¡Don Fernando!...
¿ha poco me amenazabais?...
FERNAN. ¡Y todavía amenazo!...
LUIS. Pues venid, porque presumo
que una prueba voy á daros.

¿Podréis seguirme?...

FERNAN. ¡Al infierno!...

LUIS. ¡Vamos, pues!...

FERNAN. ¡Sí, por Dios!... ¡Vamos!...
¡Ella infiel!... ¡Nunca!... ¡Imposible!..
¡No me atrevo ni á soñarlo!...
¡Si mentisteis... ¡por mi nombre,
como á un reptil os aplasto!...
(Vanse por el foro. Queda la escena sola, y á poco, doña Isabel primera derecha.)

ESCENA X

DOÑA ISABEL y OLIVERIO

ISABEL. ¡Fuéronse al fin!... ¡Qué ansiedad!...
¡Ya tarda!... ¡Temblando estoy!...

OLIVERIO. (Por la puerta falsa en actitud de hablar con otra persona.)
¡No temáis! ¡Gracias os doy!...

ISABEL. ¡El es!...

OLIVERIO. ¡Señora!...

ISABEL. ¡Llegad!
Ya os esperaba impaciente.
No me juzguéis sin hablaros...

OLIVERIO. Ansia tengo de escucharos,
pues se confunde mi mente.

ISABEL. ¡No igualéis vuestra impaciencia
con la que yo experimento!
¡Vale este solo momento
lo que toda mi existencia!
¡Cuánta amargura apuré
en este instante soñando!...
¡Veintiséis años llorando
y aún el llanto no agoté!

OLIVERIO. ¿Qué decís? (Estremeciéndose.)

ISABEL. Que vuestra historia

mi conducta justifica,
que ella mi ansiedad explica
y que ya creo en la gloria.

OLIVERIO. Aumentáis mi confusión
y en conjeturas me pierdo...

ISABEL. Para evocar el recuerdo
no acudáis á la razón.

OLIVERIO. ¿Esas frases?...

ISABEL. Son el grito
de un corazón desgarrado;
quizá el siniestro legado
de algún ignoto delito.

OLIVERIO. A fuerza de desear
tengo miedo de creer. (Con exaltación.)

ISABEL. Yo, aunque deba enloquecer,
tengo avaricia de amar.

OLIVERIO. ¡Solo una madre ama así!

ISABEL. ¡Créolo!

OLIVERIO. ¿No es ilusión?

ISABEL. ¡Lo dijo ya el corazón!...

OLIVERIO. ¿Mi madre?... (Gritando la frase.)

ISABEL. (Con indecible trasporte.) ¡Tu madre, sí!..

OLIVERIO. ¿Qué escuché?... ¡Madre querida!

ISABEL. ¡Hijo mío! (Arrojándose en sus brazos. Muchísima vehemencia en toda esta escena. Oliverio debe decirla abrazando con trasporte á su madre sin cuidarse de su adorno y tocado, y hasta besándola en la cabeza, en la frente, y, en una palabra, haciendo todo aquello que un hijo haría en análogas circunstancias; rompiendo así, hasta donde el talento del artista vea un peligro, con ese convencionalismo antiartístico que un pudor mal entendido no tolera en nuestro teatro.)

OLIVERIO. ¡Dicha tanta,
por su inmensidad me espanta,
que el placer es homicida!
¡Dadme ese nombre otra vez,
y otra luego y luego ciento,

pues, de ternura sediento,
quiero saciar mi avidez.

ISABEL. ¡Gran Dios!

OLIVERIO. ¡Madre!... ¡No soñaba
ni era falsa mi alegría!...
Si yo á mi lado os tenía
¿por qué no os adivinaba?
Crióme la caridad,
fué su cariño profundo,
pero el desprecio del mundo
me volvió á la realidad.
De mi llanto los excesos
hiciéronme huraño y frío...
¡Faltaba al alma el rocío
de las lágrimas y besos!
Sin el maternal amor,
y, con prestadas caricias,
no conocí otras delicias
que el escarnio y el dolor.
Crecí; sin nombre me hallé;
con el infortunio en guerra,
viendo madrastra en la tierra,
con nuevo ardor os busqué.
Ceñí espada, combatí;
hacíame falta un nombre;
la lucha me dió renombre,
y en la palestra vencí.
Fuí más lejos: era fuerte
y lancé un reto al destino,
pero topé en mi camino
con vil sentencia de muerte.
Hoy de la lucha brutal
bendigo los sinsabores.
¡Dos ángeles, dos amores...
y el triunfo de un ideal!
¡Para las dos vida y fe;
todo el amor que hay en mí...
lo que se desborda aquí, (**Señala el corazón.**)

lo que expresar no podré!..

ISABEL. Me explico tanta amargura
y tan horrible tormento,
que juzgo tu sufrimiento
por mi propia desventura. (Pausa.)
De noble estirpe nacida,
niña aún, más que mujer,
á tu padre llegó á ver
y le consagré mi vida;
que era don Diego Avendaño
de hermosura varonil,
de ingenio raro y sutil
y á toda maldad extraño.
Si de alcurnia desigual,
excedíame en grandeza;
si era mucha mi terneza,
pagábame por igual.
Rigores, oposición,
la infamia que premedita,
el obstáculo que irrita
y desborda la pasión. (Pausa. Transición.)
Madre ya, la tiranía
y la reclusión forzada;
de mi hijo despojada...
luego, venganza sombría...
Mi padre, ansiando el misterio,
disponerlo así le plugo...

OLIVERIO. ¡Sustitución de verdugo
y cambio de cautiverio!...

ISABEL. Dijiste tú lo demás;
nada tengo que añadir...
Miento... me resta decir
que no te olvidé jamás.
¡Perdóname; fuí culpable
y causé tu desventura!...

OLIVERIO. ¡Siendo mi madre, sois pura,
y quien dude un miserable!
Ni excusas he menester,
ni á mí me toca juzgar;

sólo sé que debo amar
á aquella que me dió el sér.
¡Pero mi padre murió
tras de ruin alevosía!..
¡Pronto el nombre, madre mía,
del vil que lo asesinó!...

ISABEL. De los míos el despecho
juzgo que tomó venganza.

OLIVERIO. Quitáisme toda esperanza
de ver mi honor satisfecho.

ISABEL. Quise averiguar en vano
aquella infamia cobarde...

OLIVERIO. ¡Desgraciada!...

ISABEL. (Pausa. Transición.) Años más tarde,
el duque pidió mi mano.
Su enlace con la duquesa
duró hasta que nació Clara.
Pretender que yo le amara
juzgábalo absurda empresa.
Insistió... con gran dolor
díjele mi desventura...
pero era tal su locura,
tan insensato su amor,
que en ser suya consentí
aunque amarle no podía...
Un ángel me sonreía
en la cuna... ¡y pensé en ti!...
Desde entonces, adorada
cada vez con más vehemencia,
aunque amarga mi existencia,
la soporté resignada.
Pero, á contar desde hoy,
será menor mi desdicha...

OLÍVERIO. ¡Inmensa es también mi dicha
puesto que viéndoos estoy!...
Solo una idea tenaz
tengo, que ha de atormentaros.
¡Quisiera poder llamaros
madre... del mundo á la faz!

ISABEL. ¿Qué dijiste?... ¡Mi delito
te niega hasta ese derecho!...

OLIVERIO. ¿Qué? ¡Bien decís! ¡Yo, en mi pecho,
sofocaré el santo grito!...
¡Mas... os tengo ahora en mis brazos,
y he de saciar mi ambición
aunque el gozo al corazón
haga saltar en pedazos!...

ISABEL. ¡Basta!... ¡Parte!... (Haciendo un violento esfuerzo.)

OLIVERIO. ¡Voyme!... ¡Sí!...
¿Pronto he de veros?...

ISABEL. ¡Sí, á fé!...

OLIVERIO. ¡Madre!... (Con indescriptible trasporte.)

ISABEL. ¡Adiós!...

(Se abrazan con más amor que nunca. Doña Clara les sorprende saliendo por la segunda derecha. Avanza dominada por la sorpresa y los celos.)

CLARA. (¡No me engañé!
¡Cuánta infamia!)

(Aparecen por el foro don Fernando y don Luis; éste precediendo á aquel y señalando con diabóllca sonrisa el grupo formado por doña Isabel y Oliverio.)

LUIS. ¡Hélos allí!...

ESCENA XI

DICHOS, DOÑA CLARA, D. FERNANDO y D. LUIS.

FERNAN. ¡¡Miserables!! (Precipitándose en escena violentamente y tratando de arrojarse sobre doña Isabel, entretando que Oliverio se coloca delante de su madre en actitud defensiva.)

OLIVERIO. ¡Vive Dios!...
ISABEL. ¡Huye!...
OLIVERIO. ¡Nunca!... ¡No temáis!...
FERNAN. ¡Por mi mano á morir vais
el uno del otro en pos!
LUIS. ¡Reportaos!...
FERNAN. ¡Toqué el ultraje
y tan solo sangre veo!...
¡Juez!... ¡Ejecutor!... ¡y reo!...
¡Nada falta á mi coraje!...
(Los tres gritos del tercer verso de la redondilla anterior van acompañados de un movimiento gráfico. La palabra «Juez» señalándose á sí mismo; la palabra «Ejecutor» llevando la mano á la daga y desnudándola, y la frase «y reo» señalando á doña Isabel.)
CLARA. ¡Señor!...
FERNAN. ¡No quiero escuchar
por que no quiero ceder!...
¡Necesito aborrecer!...
¡y necesito matar!...
OLIVERIO. ¡Nunca, como aliente yo!
FERNAN. ¡Voy á probar si es posible!...
(Trata de herir á doña Isabel, y mientras los demás se interponen, ella se aproxima rápidamente á D. Fernando deslizando en su oído con acento breve, pero enérgico, la siguiente frase.)
ISABEL. (¡Es mi hijo!...)
FERNAN. ¡Qué!... ¡Imposible!...
(Deja caer la daga y queda como petrificado de espanto y asombro ante la brusca revelación de doña Isabel.)
OLIVERIO. ¡Doña Clara!...
CLARA. (Rechazándole.) ¡Apartad!
(D. Fernando sigue dominado por la impresión recibida hasta el final, gesticulando automáticamente. En toda la escena mucha precisión y rapidez.)

FERNAN. ¡No!

OLIVERIO. (Rápidamente al conde.)
Por delator y cobarde,
¡ansia tengo de mataros!...

LUIS. No tardaré en demostraros
todo el odio que en mí arde.

OLIVERIO. ¡Venid!...

LUIS. ¡Luego!...

OLIVERIO. ¿Otra traición?...

LUIS. ¡Más calma!...

FERNAN. ¡No puede ser!...

ISABEL. ¡Parte!...

OLIVERIO. ¡Sí!... (¡Yo he de saber!...)

FERNAN. (¡Ni un latido!)... (Al corazón.)

OLIVERIO. (Saliendo por el foro.) ¡Maldición!...
(Los demás personajes rodean á D. Fernando, que queda en primer término, dominando el cuadro.)

TELON

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Salón gótico de forma ochavada en el piso superior del castillo. Puerta al foro y laterales; dos á la izquierda y una á la derecha, en primer término. La puerta del foro, mayor que las de los lados, aparecerá cubierta por cortinajes de damasco y comunica con el dormitorio de D. Fernando. En segundo término derecha, un gran balcón formado por tres arcos simétricos, al que da acceso una escalinata de dos ó tres peldaños. La puerta del segundo término izquierda aparecerá abierta lo bastante para dejar ver los sombríos pilares de una galería extensa. Mesa con candelabros á la izquierda y junto á ella un gran sillón de talla gótica. Algunos taburetes completan la decoración. Por el balcón penetrará en momento oportuno la luz de los relámpagos. Principia la acción poco antes de amanecer.

ESCENA PRIMERA

BERMUDO, solo.

Por la fatiga rendido
sostenerme puedo apenas;
siempre por causas ajenas
más que por mí, he padecido;
y no me pesa en verdad,
que, aunque ya voy siendo viejo,
ni del que sufre me alejo
ni falto á mi lealtad. (Mirando al dormiterio.)
¡Parece que se calmó!...
¡Diez horas que no reposa!...

¡Qué lucha tan espantosa
y cuánto en ella sufrió!... (Pausa.)
¡Como que nacer lo he visto
duéleme su padecer!... (Nueva pausa.)
¡Pienso que tarde ha de ser!... (Va al balcón.)
¡Brava noche! ¡vive Cristo!...
Percibo un sordo rumor
eco lejano del viento,
la calma en el firmamento,
por todas partes negror...
Olas que vienen y van
mecidas con ronco arrullo...
Crece el lúgubre murmullo
de ese líquido titán,
y presumo que la aurora
será en extremo sombría...
Presiente la mar bravía
la tempestad... ¡Vos, señora! (Doña Isabel por el fondo.)

ESCENA II

DOÑA ISABEL y BERMUDO

ISABEL. ¡Bermudo!... (¡Servidor fiel!)
Te supuse reposando.

BERM. Sabéis que amo á don Fernando
hasta sucumbir por él,
y, si yo fuera capaz
de olvidarle, en este instante
tuviérame por bergante
y enrojeciera mi faz!...

ISABEL. Pláceme que hables así.
Descansa en este momento.
Urgeme ir á mi aposento;
quédate entretanto aquí,

y avísame al menor grito.
(¡No debo perder instante!)...

BERM. ¡Bien!...

ISABEL. (¿Será tarde? ¡No obstante!...
¡Evitarlo necesito!) (Váse primera izquierda.)

ESCENA III

BERMUDO y GASTON

BERM. ¡Qué palidez tan extraña
y qué tembloroso acento!
¿Donde irá con tal urgencia
y tan intranquilo aspecto?
¡Que cargue conmigo el diablo
si yo el enigma penetro!...

GASTÓN. ¿Tan desesperado se halla
el indomable escudero
que en noche tan borrascosa
pretende ir á los infiernos?
Pues atraviese el rastrillo,
si es que tiene tanto empeño,
y, á fé de Gastón, le juro
que, sin aparente esfuerzo,
salvará pronto el camino
conducido por el viento.

BERM. Gasta buen humor el paje
mientras de rabia me enciendo.

GASTÓN. Si me tildasteis de ingrato,
que no me conocéis pienso.
Sirvióme de padre el duque,
sus dolores son mis duelos,
y si olvido los ultrajes
los beneficios recuerdo.
Quise daros compañía,
no la aceptáis, y me alejo.

¡Con Dios quedad!...

BERM. ¡Vive Cristo!
No se enoje el rapazuelo
que, aunque muy rudo y huraño,
gran cariño le profeso,
y, si de mollera romo,
de corazón soy muy tierno.
Lo que me falta de agudo
tiéneslo tú de discreto.

GASTÓN. Plácenme vuestras razones,
y no insisto.

BERM. ¡Habla más quedo!

GASTÓN. ¿Reposa?...

BERM. Calmóse ha poco,
mas no arguyo nada bueno.

GASTÓN. ¿Presumís acaso?...

BERM. Afirmo
que ese endiablado Oliverio
la causa es de tantos males.

GASTÓN. ¿Le visteis?

BERM. En el momento
que de la estancia salía
rojo de cólera y fiero.
Lo adiviné todo al punto,
y otros daños presumiendo,
fuí de mi señor en busca;
y ¡por Dios! que ya era tiempo;
que entre horribles convulsiones
agitábase en el suelo,
la faz descompuesta y lívida
y domado por el vértigo.
Con el auxilio del conde
condújele hasta su lecho.
Lo demás lo presenciaste;
repetirlo fuera necio.

GASTÓN. Con vuestras revelaciones
habeisme en cuidado puesto,
y cuanto más lo medito
más las consecuencias temo.

BERM. ¿Supones?...
GASTÓN. Nada supongo.
Noté en el doctor un gesto
que, si se confirma, al duque
téngole por hombre muerto.
BERM. ¡Calla!
GASTÓN. ¿Qué?...
FERNAN. (Desde dentro.) ¡Dejadme todos!...
¡Su sangre!... ¡Su sangre quiero!...
GASTÓN. Exaltado por la fiebre
torna al delirio de nuevo.
¡Corramos!... (Yendo hacia el dormitorio.)
BERM. (Deteniéndole.) ¡Vuelve á calmarse!...
GASTÓN. ¡Qué extraño padecimiento!...
¡Siempre imágenes sangrientas,
siempre venganzas pidiendo!
BERM. No le asombre nada al mozo.
¡Dolores hay tan acerbos
que, si muerden en el alma,
pueden trastornar el seso,
y que si al fin se desbordan
por no caber en el pecho,
dejan de sí en pós desdichas,
lágrimas y desconsuelos,
huellas de sangre y deshonra
y algo espantoso y funesto!
GASTÓN. ¡Según os vais expresando
más mi asombro va creciendo!...
BERM. Pues no cursé en Salamanca
ni las ciencias ni el derecho;
las armas fueron mis libros
y el combate mi maestro.
Mas algo enseñan los años,
y como ya muchos cuento,
lo que de ciencia me falta
de experimentado tengo.
GASTÓN. Quiera Dios que no se cumpla
tal augurio...
BERM. ¡Vive el cielo!

Solamente al presumirlo
de cólera me estremezco.
¡Si su salvación pendiera
no más que de mis alientos
y su salud se encontrara
prisionera del averno,
diérame de cintarazos
con el maldecido reino,
y aquí volviera con ella
de Lucifer á despecho!...
¡Juventud aún y esperanzas,
amor de propios y ajenos,
riquezas, nombre, entusiasmo,
distinción y valimiento...
todo fugaz y mudable,
todo polvo y todo cieno!

GASTÓN. Por algo os estima el duque
y hace honor á tantos méritos.

FERNAN. ¡Dejadme!... ¡Atrás!... ¡Insensatos!...
(Desde dentro.)

BERM. ¡Comienza otra vez!...

GASTÓN. ¡Lleguemos!

(Doña Clara sale primera derecha. Se dirige al dormitorio primero, luego á Bermudo y Gastón, dejando ligeramente descorridos los cortinajes.)

CLARA. ¿Esos gritos?... ¡Padre mío!...

GASTÓN. ¡Doña Clara!...

BERM. ¡Horrible sueño!

CLARA. ¡Dejadme con él á solas
y reposad mientras velo!... (Vanse segunda izquierda.)

ESCENA IV

DOÑA CLARA, sola.

¡Qué encontradas emociones
en espacio tan estrecho!
¡Qué ignoradas amarguras
y cuán extraños sucesos!
Aquí, desencanto y lágrimas...
allí, mi padre sufriendo...
en redor deshonra y muerte
y la traición en acecho...
¡Ella infiel!... ¡Si no es posible!
¡si aún mirándolo, lo niego!
Y él, cuyo amor es mi gloria,
¡también perjuro y perverso!...
¡Cuál martiriza la duda
y cómo abruma su peso!
¡Cuánto se vive en un día,
si es vida vivir muriendo!
¿Por qué sufro y por qué amo?...
¿Por qué este afán tan intenso,
que si á mí misma me arguyo
y odiar me ordena el deseo,
cuanto más me lo propongo
más candente es su recuerdo?
Tan extraña es mi ceguera
que aunque estoy la traición viendo,
de su testimonio dudo
y hasta disculpo sus yerros. (Pausa.)
¡Ella, á quien por madre tuve,
faltando á sus juramentos!...
¡Y él!... ¡Imposible!... ¡Imposible!...
Presumirlo es ofenderlo. (Nueva pausa.)
Es tan bella su figura
y tan gallardo su aspecto,

tan noble su continente,
tan persuasivo su acento,
que de mi ser en el fondo
despierta armoniosos ecos,
vibraciones ignoradas
y fantásticos ensueños.
Pido al corazón rencores,
y brota otro sentimiento;
pido ideas á la mente,
y enmudece mi cerebro;
energías á mi ultraje,
inspiración al Eterno,
y... odio, corazón, ideas,
temores, dudas y celos,
cómplices son de su causa,
á sus leyes me someto,
y al mirarle en mi presencia,
ni le arguyo ni protesto...
Sólo afirmo que le adoro,
que es nulo el resentimiento,
que se ama... porque se ama,
y este es el fallo supremo.
Y pues tal es mi destino,
tan solo á anhelar me atrevo
para la lucha más fuerzas;
la muerte, si me convenzo...

ESCENA V

DOÑA CLARA y D. FERNANDO

FERNAN. ¡Nunca!... ¡Infames!... (Doña Clara descorre los cortinajes y aparece D. Fernando vestido como en el acto anterior, delirante y con las ropas del lecho en completo desorden.)

CLARA. ¡Padre mío!
¡Aún no le abandonó el vértigo!

Inunda el sudor su frente,
vaga en sus labios un reto,
y... no sé qué hallo en su rostro
que á mi pesar me estremezco.
¡Padre!

FERNAN. (Volviendo apenas en sí.) ¡Eh! ¡Dejadme!

CLARA. ¡Calmaos!

FERNAN. (Incorporándose; con ojos extraviados y ademanes automáticos.)
¡Yo no perdono; me vengo!
¿Quién eres tú?... ¡No me ama!...
¿Viste crimen más horrendo?
¡Ella!... ¡Isabel!... ¡Mi tesoro
y mi delirio perpetuo!...
Mas... ¿eres mármol ó sombra
que así desoyes mis ruegos?
¡Habla por Dios!... ¡Una frase!...
¡No afirmes!... ¡Dime que miento!...
¿Qué te detiene?... ¿A qué aguardas?...
¿No ves que de angustia muero?...
Mas... ¿qué digo?... ¡Calla, calla,
que no llegue á mí ni un eco!
¡Es inútil!... ¡Ni una sílaba!...
¡Si ya todo lo comprendo!...
¡Já!... ¡já!... ¡já!... ¡Si ya no dudo!..,
¡Gran Dios!... ¡No puedo, no puedo!...
(Dejándose caer pesadamente anonadado por el dolor.)

CLARA. ¡Qué suplicio tan horrible
y qué dolor tan inmenso!...
¡Padre!... ¡Padre!... (D. Fernando se incorpora con lentitud.)

FERNAN. (Calmándose.) ¡Ah! ¿Eres tú, Clara?...
¿Tú? ¡Hija mía!... ¿mi ángel bueno?...
¡Qué espantosa pesadilla!...
¡Aún dudo si estoy despierto!

CLARA. En esta estancia velaba;
dióme de sentiros miedo,
y atrevíme á despertaros.

FERNAN. Bien hiciste... y yo celebro
que con tu filial cariño,
me libertases de un sueño
en que todo eran tinieblas,
todo fantasmas sangrientos,
indescriptibles angustias
y acusadores siniestros.

CLARA. Tornaréis á sufrir tanto
si perseveráis en ello.
¡Calmaòs ya, padre mío!
¡No desatendáis mi ruego;
si no por lo que os atañe,
por todo el amor que os debo!

FERNAN. ¡Alma noble!... ¡Si pudieras
presumir lo que padezco;
si la causa penetraras
de mis horribles tormentos,
tan sólo con vislumbrarlos
te espantara el comprenderlos!...
Pero... tu pureza es tuya,
y en mí no existe el derecho
de deslizar en tu alma
ni un resplandor de este incendio.
¡Dejaré que me consuma
con el ánimo sereno,
que se cebe en mis entrañas
y que calcine mis huesos!

CLARA. ¿Y por qué yo he de ignorarlo,
si me es dado adormecerlo?...
¿ni dónde está el sacrificio
si ahorraros logro un lamento?...
Cuando fuera irremediable,
llorara con vos al menos.

FERNAN. Tu delicadeza es nula
y estériles tus consuelos.

CLARA. ¡Cuánto amargor en el alma,
y en la mente cuánto fuego!...

FERNAN. La lógica consecuencia
de tan varios elementos,

que es tan mudable la dicha
como el infortunio terco.
Viví poco, sufrí mucho;
ví junto á aplausos desprecios,
crímenes y abnegaciones,
heroísmos y misterios;
el goce siempre anhelado
y rara vez satisfecho...
Sonrisas desgarradoras
en labios de dolor yertos,
que hay trágicas alegrías
como sarcásticos besos
y armonías inefables
junto á lúgubres acentos.
Siempre horizontes sombríos,
que aquí domina lo negro;
siempre rencores y dudas,
ambiciones y deseos,
glorias, ansias y delirios,
contrariedades y celos;
el placer en la penumbra
y en la cima el pensamiento!...

CLARA. ¡Qué afán por atormentaros!...

FERNAN. Es que me atraen mis recuerdos.
Mas... de que tú también sufres
llevas en el rostro el sello...
¡Ah!.. ¡Me olvidaba!.. ¿Ese hombre?...
¿Le quieres mucho?... ¿No es cierto?...

CLARA. ¡Padre!...

FERNAN. ¿Por qué te interrogo
si en tu faz estoy leyendo?...
Sacrificios hay que espantan,
mas ese amor es funesto.
No me arguyas ni preguntes
lo que decirte no puedo,
mas obedece y olvida.

CLARA. ¡Nunca, mientras tenga aliento!

FERNAN. No te es dado comprenderme...

CLARA. Sólo sé que él es mi cielo

y si es mi vida el obstáculo,
¿por qué está aún ocioso el hierro?...

FERNAN. ¡Malhadado amor!... ¡Aléjate,
que á solas estar pretendo!...

CLARA. ¡Padre y señor!

FERNAN. (Ruido de espadas.) ¡Vé tranquila!

CLARA. (Vigilaré!... Ruido siento!...) (Yéndose segunda izquierda.)
¿Qué escucho?.. ¡Su voz!.. ¡Un grito!..
¡y el choque de los aceros!! (Saliendo segunda izquierda.)
¡Protégele, cielo santo!...
¡Por su vida mi tormento!...

ESCENA VI

D. FERNANDO, solo.

(Sale de su dormitorio apoyándose en todas partes, casi arrastrándose. Principian los relámpagos, primero fugaces, luego intensos á medida que la frase lo vaya marcando. Óyese también el ruido de las olas y el viento, dominados á intervalos por el rugido del trueno.)
¡Ella también me odiará,
que tal es la ley de amor!
La causa de mi rigor
nunca presumir podrá.
Faltaba á mis sinsabores
aqueste único episodio...
¡Perseguido por el odio
produje no más dolores!
Me agobia ya esta influencia
y evitarla no consigo...
Si hice el bien, ¿por qué no sigo?...
¡Qué blasfemo!... ¿Y mi conciencia?...

¡Conciencia!.. ¡Sí!.. ¡En vano busco
de que enmudezcas la traza...
que no hay para ti mordaza
y en tus abismos me ofusco! (Yendo al balcon.)
¡Qué hermosa es la soledad
si nos abruma el delito!
¡De ese mar hirviente el grito
doblega mi voluntad,
y hasta que rebrama siento
su ritmo en mi corazón!
¡Fatídica acusación
y apocalíptico aliento! (Ligera pausa.)
Cruje el vetusto engranaje
de este atleta colosal
que su perpetuo rival
bate con rudo oleaje,
trepando con rabia suma
por la granítica roca!...
¡Fauno de insondable boca
con cabellera de espuma!
¡Parece que lenguas mil (menudean los truenos y relámpagos)
con sus sarcasmos me incitan,
y, mientras su hiel vomitan,
brota un siniestro perfil,
acusador temerario
de satánica mirada!...
¡Silueta en fuego tallada
y envuelta en rojo sudario!...
¡Nadie!... ¡Se aleja también!...
¡Ella!... ¡Mi Isabel querida;
fiel resumen de mi vida,
de mi existencia sostén!
Si conociese mi acción,
su móvil no comprendiera
y en mí un asesino viera...
¡Qué espantosa expiación!
¡Pugilato colosal

que me enardece y exalta!...
¿Por qué el recuerdo me asalta
de aquella noche fatal?...
Si derecho no tenía,
la locura me inspiraba;
su crimen fué que lo amaba,
el vértigo me impelía,
y aumentó mi exaltación
porque el rapto no evité;
con él tan solo topé,
y, rugiente el corazón,
el suyo buscó mi acero
con saña fiera y tenaz,
hierro á hierro y faz á faz,
como cumple á un caballero.
Acometí, resistió...
tenía coraje y brío...
¡Se oyó un «Isabel» sombrío,
y en su garganta espiró!
¡Desde entonces llevo en mí
algo que me aterra y doma!...
Si allí el cuerpo se desploma,
¿por qué surge el alma aquí?
Siento minado mi sér
y hoy la muerte me intimida...
¡Luz... mucha luz y más vida!...
¡No quiero dejar de ver!
¡Que de mi amor el exceso
le haga olvidar mis agravios,
y que el perdón de sus labios
salga fundido en un beso!
Lo ordena la voluntad
y el sentimiento lo ansía...
¡Déjame ya, duda impía,
y brama tú, tempestad!
¡Con mi padecer á solas,
no me espantan tus latidos,
que hay en mi mente rugidos
de más turbulentas olas!

¡Aire!... ¡Me siento morir
y me asalta la pavura!
¡Vuelve su roja figura
de entre la bruma á surgir!...
¡No me abandones, razón,
y apiádete mi tormento!...
¡No rujas más, pensamiento,
y huye, siniestra visión!!!

(Queda apoyado en el balcón mirando al mar con espantosa fijeza. Aparece Oliverio por la segunda izquierda, donde permanece un momento sin notar la presencia de D. Fernando. No deben verse hasta que el diálogo lo marque, á fin de que el duque, cuyo delirio ha llegado á su colmo, le crea el fantasma que forja su exaltación, y para justificar mejor la transición que sigue. Esta importantísima y culminante escena, los actores la matizarán con todos los detalles que le sugiera su talento, aun aquellos que el diálogo no marca, para que el efecto escénico resulte más acabado y artístico. La tempestad sigue hasta el final.)

ESCENA VII

D. FERNANDO y OLIVERIO

OLIVERIO. De esa oscura galería
la lobreguez he salvado.
¡Queda el ultraje vengado!
¡Qué poca vida tenía!
Ahora á mi madre y mi amor
veré... ¡El duque!... (Viéndose ambos.)

FERNAN. (Con mayor exaltación.) (¿No es engaño?)
¡El!... ¡Don Diego de Avendaño!
¡Huye, espectro vengador!
¡Doma mi espíritu fuerte

tu persistencia cruel!...
¡Fué la pasión de Isabel
la que decretó tu muerte!

OLIVERIO. ¿Qué escucho? (Violentísima transición.)

FERNAN. (En el colmo del delirio.)
¡Yo soy, yo mismo!...
Y, si mi vida te pesa,
no se hará esperar la presa
que te disputa el abismo.

OLIVERIO. ¡Miserable! (Yendo hacia D. Fernando, rojo de furor.)

FERNAN. ¡Eh! ¿Quién?... ¡Atrás!
¿Esa voz?... (Recobrando su fiereza al conocer su error.)

OLIVERIO. ¡La de tu crimen,
la de dos seres que gimen...
aborto de Satanás!

FERNAN. El fué quien te trajo aquí
en esta noche sombría...

OLIVERIO. ¡Preludio de tu agonía,
de justicia para mí!
¡Tú, á quien la vida salvé!...
¡tú, el esposo de mi madre!...
¡tú... el matador de mi padre,
á quien, por fin, encontré!
¡Suplicio no se me alcanza
que se ajuste á tu delito!...
¡Con qué feroz apetito
voy á saciar mi venganza!...
Por ti sin nombre viví,
mi desventura labraste,
la deshonra me legaste...
¡y aún alientas junto á mí!
Mas ni por su esposo ser
de mi castigo te libras...
¡De tus entrañas las fibras
hoy mi acero ha de romper!
Busca en tu vil corazón
de tanta infamia disculpa.

¡Yo, *mártir de ajena culpa*,
voy á cumplir mi misión!...

FERNAN. ¡Si mi muerte es tu deseo,
la tuya mi anhelo es;
si en mí tu deshonra ves,
su encarnación en ti veo!
¡Frente á frente combatí!

OLIVERIO. ¡Fué una cobarde emboscada!

FERNAN. ¡Miente tu lengua menguada,
que jamás villano fuí!
¡No aguardes verme temblar,
pues no acostumbro á temer;
ni aprendí á palidecer
ni desciendo á suplicar!
¡Tu amenaza no me arredra
mientras me dure el aliento!
¡Si acechabas el momento,
lanza la primera piedra!

OLIVERIO. Si á fe; y en plazo tan breve,
que ni aún haberla engendrado
te redime del pecado
ni á la indulgencia me mueve.
¡Me haré de ella aborrecer
y me verá con horror!
¡Si es insensato mi amor,
inflexible es mi deber!
¡Legóme la Providencia
casi una sombra... y la inmolo!
¡Te queda un latido solo
y aún es colosal mi herencia!...

FERNAN ¡Pues sacia el coraje fiero
y cúmplase mi destino,
que si naciste asesino
yo he nacido caballero!
¡Comience mi expiación
con tu vengativa saña,
y esculpe la nueva hazaña
junto á la antigua traición!

OLIVERIO. ¡Por mi nombre!...

FERNAN. ¡Esperaré
sin un átomo de espanto!
OLIVERIO. ¿Me aborreces?...
FERNAN. ¡Casi tanto
como á tu madre adoré!...
Por el placer de no verte
bendigo al hierro homicida...
¡Ven á cobrar una vida
que no quiero agradecerte!
¡Que aunque inerme y moribundo,
no hago de tu rabia aprecio,
y porque así mi desprecio
será mucho más profundo!
OLIVERIO. ¿Tanto me odias?...
FERNAN. ¡Sí, por Dios!...
OLIVERIO. ¡Pláceme, por vida mía!...
FERNAN. ¡Una silueta sombría
se levanta entre los dos!...
¡Miro en ti su forma odiosa,
y esto agiganta mis duelos,
que no se callan mis celos
ni ante el polvo de su fosa!...
¡Si pudiera despertar
le volviese á maldecir,
y si tornase á vivir
volviérale á acuchillar!...
OLIVERIO. ¡Ni tu odio me desconcierta
ni esa astucia de reptil
que escupe tu lengua vil
de mi hierro te liberta!...
¡Dios el límite señala
de esa vida miserable...
que á un sér tan abominable,
sin piedad se le apuñala!
FERNAN. ¡Con eso el oprobio eterno
dirá quién fuiste y quién soy!
¡Llega, pues!... ¡Vengado estoy!...
OLIVERIO. ¡Pues confúndate el infierno!
FERNAN. Ni suplico ni desmayo.

¡Aprende á morir de mí!...

OLIVERIO. ¡Dios tenga piedad de ti!...

(Desnuda la daga y se dispone á herir á don Fernando en el momento en que suena un trueno y un relámpago ilumina siniestramente la estancia. D. Fernando va perdiendo las fuerzas progresivamente hasta el final, arrastrándose casi y haciendo esfuerzos por sostenerse.)

¡Eh! ¿Quién?...

FERNAN. ¡Tu cómplice el rayo, que te lo envía Luzbel!

¡Hiere ya!...

OLIVERIO. (Blandiendo la daga.) ¡Sin compasión!

ISABEL. ¡Jesús!... (Entrando primera derecha y dando un grito espantoso.)

OLIVERIO. ¡Madre! ¡Maldición! (Arroja la daga.)

ISABEL. ¡Tú aquí!.. ¿Qué es esto?...

FERNAN. (Con infinita ternura y alegría) ¡Isabel!...

ESCENA VIII

DICHOS y DOÑA ISABEL

OLIVERIO. ¡Del vértigo el paroxismo,
baldón, oprobio y vileza;
el volcán en mi cabeza,
bajo mi planta el abismo,
algo sobrenatural
que apenas cabe en la mente;
en tu esposo el delincuente,
la venganza en mi puñal!

FERNAN. ¡Calla! (Forcejea y se arrastra tratando de impedir á Oliverio que haga nuevas revelaciones.)

ISABEL. ¡Sigue!...

FERNAN. ¡No ha de ser!
ISABEL. ¿Venganza has dicho?...
OLIVERIO. ¡Sí, madre!...
¡¡La venganza de mi padre!!
ISABEL. ¡No me atrevo á comprender!
FERNAN. Valor no tuve jamás
de decirte...
ISABEL. ¡Horrendo crimen!
FERNAN. ¡Mis dolores me redimen!
OLIVERIO. ¡Nunca, nunca!
FERNAN. ¡Callarás!
ISABEL. ¿Y yo compartí contigo
mi vida? ¡Qué horror! ¡Mi esposo!!!
FERNAN. ¡Te adoraba!... (Con indescriptible pasión y angustia.)
ISABEL. ¡Lazo odioso!...
FERNAN. ¡Y aun te amo!...
ISABEL. ¡Yo te maldigo!...
FERNAN. No!... ¡Tu perdón!.... ¡tu perdón!...
OLIVERIO. ¡Basta, infame!...
FERNAN. ¡Isabel mía!...
¡Duélete de mi agonía...
y niega esa maldición!...
OLIVERIO. ¡Por mi nombre!
FERNAN. (Cayendo al suelo y queriendo incorporarse.)
¡Me ahogo!... ¡¡Sí!!
ISABEL. (¡De él mi corazón se apiada!) (Profundamente conmovida.)
FERNAN. (Respirando difícilmente hasta el final. Acento entrecortado y débil voz.)
¡Fija una sola mirada...
antes... de que muera... en mí...
para que acepte... mi cruz...
con resignación... piadosa...
y me sepulte... en la fosa
con un rayo... de tu luz!
¿Niégasme la salvación?...
¡No me condene tu encono!!!

ISABEL. (Sin poderse contener, arrojándose sobre él y abrazándole.)
(¡No puedo más!) ¡Te perdono!...

FERNAN. (Hace un titánico y supremo esfuerzo; se incorpora reconcentrando toda su vida en una mirada de infinito amor, y después de pronunciar, con apagado acento, el verso que sigue, espira, sin apartar los ojos de doña Isabel.)
¡Bendito... sea... tu... perdón!
(Oliverio queda en segundo término en actitud trágica y sombría.)

ISABEL. ¡Muerto!...

OLIVERIO. ¿Qué hacéis?

ISABEL. ¡Perdonar,
que este es del odio el extremo,
y pues que hay un juez supremo,
á él solo toca juzgar!...
(Aparece doña Clara dando un grito de espanto por la izquierda. Segunda puerta.)

ESCENA IX

DICHOS y DOÑA CLARA

CLARA. ¿Qué miro?... ¡Padre!... ¡Dios santo!...
¡Verdugo!... (A Oliverio con mezcla de espanto, horror y desesperación.)

OLIVERIO. ¡No!

CLARA. ¡Desvarío!

OLIVERIO. ¡El fué quien dió muerte al mío!

CLARA. ¡Jesús mil veces! (Petrificada de terror.)

ISABEL. ¡Qué espanto!
(Queda como anonadada por el dolor y próxima á desfallecer. Doña Clara la sostiene en sus brazos mientras Oliverio da un paso hacia ella.)

OLIVERIO. ¡Madre!

CLARA. (Soltando á doña Isabel, brusca y automáticamente y dando un grito de asombro y desesperación infinita.)

¿Qué?... ¿Tu madre?...

OLIVERIO. (Con trágica actitud y espantosa calma.) ¡Sí;
y aunque mi amor es profundo,
de ella me separa el mundo
y ese cadáver de ti!
De mi desventura en pos,
á mi destino obedezco.
(Se dirige rápidamente al balcón.)
¡Rogad mientras comparezco
ante el tribunal de Dios!
(Dirige una suprema mirada á la escena y al cielo y se precipita en el mar, sin que puedan impedirlo doña Isabel y doña Clara, en el momento en que un relámpago siniestro ilumina la estancia con su rojizo resplandor y retumba un trueno lúgubre y estridentemente, cuyo eco se confunde con dos gritos de horror simultáneos, lanzados por doña Clara y doña Isabel, quienes quedan como petrificadas de espanto; doña Isabel un poco á la derecha y en segundo término, y doña Clara inmediata al cadáver de D. Fernando, en el cual fija una mirada, cuando el telón empieza á descender. Vase arrodillando lentamente y elevando, con infinito dolor, los ojos al cielo, de modo que, cuando el telón cubra las dos terceras partes de la embocadura, caiga abrazándose al cadáver de su padre. El director de escena, sin embargo, hará la colocación de figuras como crea más conveniente, para el mejor efecto del cuadro.)

CAE EL TELON CON LENTITUD

FIN DEL DRAMA

PUNTOS DE VENTA

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de D. *Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y Compañía*, calle de las Infantas, 18; de *don Hermenegildo Valeriano*, Horno de la Mata, 3; y de los *Sres. Escribano y Echevarría*, plaza del Angel, 2.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administración.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.